

HABITACIONES

VACÍAS

11 RELATOS DESDE EL MANICOMIO



BENJAMÍN RUIZ

HABITACIONES

VACIAS

ONCE RELATOS
DESDE EL MANICOMIO

BENJAMIN RUIZ

ADVERTENCIA DEL AUTOR

Entre los años 1999 y 2003, estuve ingresado en un hospital psiquiátrico en las montañas de la Sierra de Gredos. Fue a causa de un brote psicótico en el que llegué a perder la conciencia y luego no recordaba nada de lo sucedido.

Gracias a unas sesiones de hipnosis que me practicó la psicoterapeuta a la que asignaron mi caso, pudimos reconstruir (parcialmente) lo que pasó en realidad.

Estuve a punto de suicidarme, lanzándome al vacío desde la azotea del edificio donde vivía. No tengo una explicación satisfactoria para justificar el por qué iba a hacerlo. Supongo que los problemas me rebasaron y no fui capaz de lidiar con ellos. Lo cierto es que no recuerdo nada de aquello.

En las sesiones de regresión quedó claro que alguien “me salvó”. Alguien llegó en el último momento y evitó que cayese y me matara. No sé quién fue ese alguien, y tampoco sé si debería darle las gracias, aunque supongo que sí, porque si la vida me ha dado otra oportunidad, debería aprovecharla, ¿verdad? ¿Verdad?

Entonces, ¿por qué siento que mi existencia terrenal es tan sólo un error en los planes del Universo? ¿Por qué siento que no pertenezco a este lugar llamado Tierra, en el que los locos parecen estar cuerdos, y los cuerdos que caminan por la calle, rematadamente locos?

Mi terapeuta me aconsejó que escribiese todo lo que me viniese a la mente, como parte del tratamiento de recuperación. Insistió en la importancia de dejar salir la basura del subconsciente. No sé si los cuentos son buenos o malos. El lector juzgará.

En cualquier caso, ésto es lo que salió.

“Dadme lo que quiero y me marcharé”.
(La tormenta del siglo. Stephen King)

LA TORRE

Lo que acaba de sucederme es tan extraño y asombroso que escapa a toda lógica. No es mi intención que lo que voy a relatar a continuación sea creído. Soy consciente de la suprema dificultad que encontrará el hipotético lector en dar crédito a tan extraordinarios hechos, pero sólo deseo dejar constancia de algo que ni yo mismo entiendo y sin embargo debo contar por si algo me sucediese, ya que dentro de un rato voy a iniciar un viaje cuyo destino desconozco.

Empezaré por el principio. Hace una semana vine a Cantabria a pasar unos días de vacaciones. El mes de octubre es perfecto para visitar esta maravillosa tierra cuyos bucólicos paisajes se tornan fantasmagóricos por el efecto de las nubes y la luz. Las hojas de los árboles se pintan de amarillo mientras se van dejando caer sin prisa, mecidas por el viento que las arrastra lejos, en una parodia de la efímera vida humana.

Entré en la región por la montaña palentina, alojándome en el Parador de Cervera de Pisuerga, lugar idílico y encantador donde los haya. Recorrí la ruta de los pantanos impregnándome de la soledad del lugar, tan necesaria para mi descanso mental y físico. Después de dos días de alojamiento, con las

fuerzas repuestas gracias a los manjares y la tranquilidad que allí me ofrecieron, inicié mi andadura por la comunidad cántabra.

Empecé visitando Reinosa y sus alrededores, que me dejaron encantado con su belleza y la hospitalidad de sus gentes, solícitas y educadas. Después me desvié hacia el valle de Liébana, donde después de hartarme de comer a base de un recio cocido montañés en un mesón de Tama, entré en la histórica villa de Potes.

Aquí el tiempo transcurre despacio. Si no fuera por los autobuses de viajeros y el ambiente turístico en general, se diría que se ha parado. Sus calles empedradas conducen a monumentos emblemáticos como la Antigua Iglesia de San Vicente y los torreones del Infantado y del Orejón de la Lama, lugar éste último donde iba a acontecer mi singular aventura.

Cuando hube pateado el pueblo de cabo a rabo, arranqué de nuevo el coche y me dirigí al Parador de Fuente Dé, una estación invernal con teleférico incluido, en la entrada de los Picos de Europa, a 23 kilómetros de allí. Por el camino fui cruzando diversas poblaciones y aldeas, en las que me detenía a echar un vistazo y unas fotografías. De vez en cuando tenía que reducir la velocidad en la carretera debido a la presencia de pequeños rebaños de vacas que campaban por el asfalto a sus anchas. Las sorteaba y seguía adelante.

Cuando llegué al Parador y me instalé en una habitación con vistas a la montaña, bajé a tomarme un café. Al cruzar el recibidor, en dirección al salón, vi en uno de los escritorios algunos folletos turísticos y actividades culturales de la zona de Liébana. Uno de ellos me llamó la atención. En letras rojas y negras rezaba: *EN POTES, EXPOSICIÓN DE BRUJERÍA Y TORTURA MEDIEVAL. TORRE DEL OREJÓN DE LA LAMA.*

Me pregunté intrigado cómo era posible que se me hubiera pasado en mi visita anterior, apenas dos horas antes. Leí atentamente el texto posterior

mientras saboreaba un café cortado. El horario de visita era de diez de la mañana a dos de la tarde y de cinco de la tarde a nueve de la noche. Eché un vistazo al reloj: eran las seis y media. Si me daba prisa aún podía verla, ya que al día siguiente tenía previsto dirigirme hacia la costa, a San Vicente de la Barquera y Comillas. Subí a la habitación, me di una ducha rápida y volví a salir en dirección a Potes.

En la montaña, el crepúsculo es corto en otoño y la noche se echa encima sin avisar. Cuando llegué al pueblo casi había oscurecido y las farolas estaban encendidas. Dejé el vehículo en un gran aparcamiento al lado de la Iglesia y anduve los pocos metros que me separaban de la Torre del Orejón de la Lama, que se encuentra al lado del río Quiviesa. Atravesé un arco de piedra y me acerqué a la puerta de la Torre, donde un gran cartel anunciaba la exposición. Al lado de éste, una estatua de cartón piedra representando a Nostradamus, señalaba con un dedo la entrada del edificio.

En el interior, una mujer de mediana edad y aspecto agradable vendía entradas y objetos de recuerdo. “Cerramos a las nueve”, me recordó. Yo asentí y vi en el reloj que eran casi las ocho. Tenía el tiempo justo. Ella se sentó en una silla tras el mostrador y siguió con la lectura de un libro.

Junto a la entrada, unas empinadas escaleras de madera ascendían hacia el primer piso. El edificio era antiquísimo. Me había parecido ver en el cartel de afuera que era del siglo XIII ó XIV. Desde luego la madera crujía como si se fuera a romper. El ambiente no podía ser más adecuado para la ocasión. Las paredes del descansillo del primer piso estaban adornadas con cuadros y figuras relacionadas con la magia negra y el satanismo. Había cuatro habitaciones y en todas ellas había vitrinas mostrando máscaras de brujos indios, calaveras y libros antiguos, entre los que reconocí el *Malleus Malleficarum* o Martillo de las brujas. Tras una urna de cristal, había una figura a tamaño natural que representaba al Diablo, con sus cuernos y patas

con pezuñas y todo él recubierto de pelo. El típico macho cabrío que tan bien representara Goya en su cuadro.

En las paredes colgaban grabados de torturas a personas acusadas de ser brujas, signos del zodiaco o pinturas de distintos demonios del Infierno de Dante. En una habitación particularmente horrible, se exponían los conjuros y ritos de magia negra de Haití. Allí había muñecas atravesadas por alfileres, con una foto de la desafortunada persona hacia la que iba dirigido el hechizo y un trozo de prenda interior. También tarros con formol que guardaban el corazón de algún animal, con la correspondiente fotografía. Huesos ennegrecidos a causa del fuego, cruzados en forma de equis sobre una familia entera. Había un hechizo particularmente curioso, que según contaba el comentario escrito al lado, no había conseguido actuar sobre la supuesta víctima. Se trataba de una pastilla de jabón y una foto de un niño, envueltas ambas en una pequeña red de malla. La pastilla se arrojaba al río o al mar y cuando la acción del agua desgastaba el jabón, se iba produciendo la enfermedad del niño, hasta la inevitable disolución de la pastilla y la paralela muerte. Sin embargo, la naturaleza había sido piadosa y había arrojado a la orilla el conjuro, que se veía a medio consumir y la foto borrosa. La víctima había salvado la vida.

Pero lo que más me impresionó fue la figura de cera de una niña vestida de blanco y metida en un pequeño ataúd de cristal. En una inscripción se leía en italiano: REPRESENTACIONE DI UNA BIMBA MORTA. GERMANIA, 1700.

La niña aparentaba un par de años y era tan real con sus ojos de cristal, que parecían mirarme, que me asustó lo suficiente como para salir de la estancia y subir al segundo piso. En éste, todas las habitaciones estaban dedicadas a la Santa Inquisición y sus instrumentos de tortura y ejecución. La iluminación, aparte de la tenue luz que desprendían las lámparas eléctricas del

techo, estaba formada por enormes velas rojas que conferían un ambiente tétrico y desasosegante.

Allí había máquinas como el garrote vil, la guillotina, la silla de clavos (de punta roma para que el sufrimiento fuera más lento), garfios, tenazas, caperuzas de metal para comprimir la cabeza. Las mujeres tenían reservado el cinturón de castidad y la Virgen de Hierro, que era una figura en forma femenina que se abría y mostraba toda clase de pinchos y púas y en cuyo interior se desangraban las víctimas cuando se les introducía en ella y se les cerraba la pesada puerta.

En ese segundo piso, al igual que en el primero, no había persona alguna salvo la mía. Supuse que lo avanzado de la tarde sería el motivo de tan poca animación, aunque en realidad esto no me molestó, ya que me permitía la contemplación de lo que allí se exponía sin tener que aguantar molestos comentarios o risas de gente poco respetuosa.

Poco a poco fui perdiendo la noción del tiempo, fascinado con los comentarios sobre tal o cual aparato. En concreto me llamó la atención uno sobre la guillotina. Decía que en la época de la revolución francesa, los médicos habían descubierto (y esto lo corroboraba la ciencia actual) que cuando una cabeza era segada por la hoja de metal, aún tenía conciencia durante dos o tres segundos de que había sido separada del cuerpo. El dato me impresionó y me puse a imaginar qué pensamientos tendrían en ese corto lapso de tiempo. ¿Maldecirían a sus verdugos? ¿Solicitarían la ayuda de Dios?

El tercer piso estaba cerrado al público, lo que significaba que allí se acababa la visita. Me disponía a bajar cuando en ese momento se apagó la luz eléctrica. Las estancias quedaron tenuemente iluminadas por las velas, lo que hizo que el ambiente se volviese más espectral si cabe. Me quedé un momento quieto, aguzando el oído, y escuché alarmado cómo se oía cerrar la puerta del torreón de un portazo y cómo instantes después el pesado cerrojo la

bloqueaba.

Eché un vistazo a la esfera luminosa de mi reloj y vi que sólo eran las nueve menos diez. ¡No era posible! ¡Estaban cerrando antes de tiempo y sin avisar! La vendedora de las entradas debía haberse olvidado de mí y sin verificar si quedaba alguien dentro, había cerrado antes y se había marchado.

Bajé a toda prisa los escalones dentro de mi limitada visión, ya que las llamas de las velas provocaban muchas sombras, mientras voceaba intentando hacerme oír. La precipitación me hizo tropezar y caer rodando escalera abajo. Cuando me detuve en el rellano del primer piso conseguí levantarme lentamente. Por fortuna, no tenía ningún hueso roto, pero sí un buen número de contusiones y magulladuras. Seguí bajando más despacio esta vez hasta llegar hasta la puerta. Tenía la llave echada y no se podía abrir desde dentro. Por supuesto, la idea de intentar tirarla abajo ni se me pasó por la cabeza ya que era de madera maciza y jamás lo hubiera conseguido con el cuerpo dolorido por la reciente caída.

Subí de nuevo al primer piso para examinar las ventanas. Éstas eran estrechas como las troneras de un castillo y estaban cerradas con postigos. Aunque era imposible pasar el cuerpo de un hombre por esas rendijas, acerqué mi cara a una de ellas y pedí auxilio a grandes voces por si alguien me oía desde el exterior. Fue en vano. Todo estaba solitario y no pasaba ni un alma por el callejón. Poco a poco fui tomando conciencia de que estaba encerrado en la torre y tendría que pasar la noche allí hasta que viniesen a abrir al día siguiente.

Me es imposible describir el terror que pasé en la torre durante la noche. Intenté encender las luces, pero no vi interruptores por ningún sitio. Supuse que la luz la cortaban directamente desde la caja de fusibles, pero fui incapaz de encontrarla, ni delante ni detrás del mostrador. Me imaginé apesadumbrado que estaría situada en la fachada del edificio.

Las luces de las velas se fueron apagando al consumirse. Maldije a la vigilante por no subir ni siquiera a apagar las llamas para evitar un posible incendio, con lo que me hubiese visto, pero luego comprendí que posiblemente a ella le daría miedo subir sola a esas horas de la noche. En cualquier caso, ya no había solución.

Al quedarme a oscuras sentí un terror total. Intenté dormirme sentado en una silla en el primer piso, pero no lo conseguí. En parte debido a mi sobreexcitada imaginación y en parte por los crujidos que producía la madera antigua al asentarse. Las imágenes en mi mente de todo lo que acababa de ver, en especial de la niña de cera muerta, me torturaban constantemente produciéndome un horror difícil de superar. No me avergonzaré al confesaros que me castañeteaban los dientes y me temblaban las manos. Durante la vigilia recordé viejas oraciones no recitadas desde la infancia y las musité en susurros, procurando tranquilizar mi corazón. No voy a cansaros con más detalles de tan tenebroso asunto, sólo os diré que al final amaneció el día y yo seguía muerto de miedo en el mostrador de la taquilla.

Pero escuchad, porque ahora viene lo realmente aterrador de la situación en que me encuentro. El cerrojo de la puerta comenzó a moverse sobre las ocho de la mañana. Alguien trasteaba con la llave. Yo me lancé hacia la puerta, deseoso de salir de allí de una vez y de paso darle una buena reprimenda a la persona que me había dejado encerrado.

La puerta se abrió y penetró la luz de la mañana. Una silueta se recortó en el marco. Era un hombre que vestía con extrañas ropas, como los soldados de antaño. Al verme se asustó como si hubiese visto un fantasma y se fue corriendo por el callejón como alma que lleva el diablo. Yo salí a la calle, totalmente perplejo por lo sucedido y me volví para mirar la fachada del torreón. Estaba cambiado, era diferente. El cartel de la exposición ya no estaba allí, ni la figura de cartón piedra de Nostradamus. La torre en sí se veía

más nueva, más lustrosa. La piedra brillaba y no estaba tan oscura como el día anterior.

Seguí andando por el callejón hasta que salí a la vía principal del pueblo. Todo estaba cambiado. No había un solo vehículo, de ningún tipo. Las calles estaban silenciosas, sin paseantes, y se veían distintas, más pequeñas y estrechas. Me di cuenta de que el puente sobre el río era de madera cuando el día anterior era de piedra y por su superficie circulaban coches. El asfalto había desaparecido y en su lugar sólo había tierra y piedras.

Me encontraba atónito por todo lo que veía a mi alrededor. Me dirigí al aparcamiento donde estaba mi coche y vi que no sólo no había ningún vehículo allí, sino que no existía aparcamiento y el solar lo ocupaba un cementerio anexo a una pequeña iglesia románica que se erguía en el lugar donde hasta ayer estaba la Antigua Iglesia de San Vicente.

Allí acababan los límites de la villa. No había más casas, ni edificios, ni carretera a Fuente Dé. Mi sorpresa se iba transformando en asombro. ¿A dónde había ido a parar yo, después de la infernal noche en la torre? ¿Por qué todo estaba tan cambiado? ¿Dónde estaba todo el mundo?

Un tañido de campana de la iglesia románica me sacó de mis pensamientos. Por un sendero cercano vi dos siluetas que se dirigían al templo. Eran dos viejas que vestían de negro y que abriendo la puerta de la iglesia entraron en ella. Yo hice lo mismo y cuando estuve dentro los pocos parroquianos que allí había me miraron con curiosidad, de arriba abajo. Después volvieron a lo suyo, escuchando al sacerdote que impartía misa. Observé con curiosidad que lo hacía en latín. Me senté en uno de los bancos de madera, apesadumbrado. Mi mente por fin aceptó lo inevitable: estaba en un tiempo anterior al mío.

Hace dos días que me sucedieron estos hechos. He podido averiguar que estoy en el año del señor de 1478. La peste ha diezariado la población de la villa de Potes y la Reconquista está plena de éxitos. El reino de Castilla está casi libre de moros, y en Al-Ándalus sólo resisten en Granada. Estoy perdido en un tiempo que no conozco y necesito regresar al mío. He vuelto a la torre del Orejón de la Lama. Ahora la ocupa la Santa Inquisición. Les he contado mi historia y me han apresado por blasfemo y hereje. Creo que está cerca el día en que me someterán a torturas para obligarme a confesar tratos con el Demonio. Pero yo lo negaré aunque muera en sus máquinas, porque yo no hice ningún trato con el Diablo. Yo sólo quería pasar unos días de vacaciones y ser feliz, pero el destino me ha reservado esta broma macabra. Escribo todo esto en la confianza de que alguien lo encuentre y sepa la verdad de mi historia. A día 14 de octubre de 1478.

(Manuscrito encontrado entre las ruinas de la Torre del Orejón de la Lama. Año de 2257, tras la ocupación de la ciudad por el ejército del Nuevo Imperio Islámico. Alá es grande.)

**“Los límites que separan la vida de la muerte,
son oscuros e indeterminados”.**
(Edgar Allan Poe, *El enterramiento prematuro*)

EL FUNERAL

Me llamo “.....”, y estoy contemplando mi propio funeral. Es una preciosa tarde de octubre y no hace frío, tan sólo una suave brisa que mece las hojas de los árboles que ya empiezan a amarillear. Tengo la suerte de haber muerto en el mes que más me gusta. Ray Bradbury le dedicó el título de un libro: *El país de octubre*. En este mes, el otoño nos recuerda lo corta que es la vida de un hombre, una millonésima de segundo en el tiempo que rige el universo.

Todo el mundo está en la puerta del cementerio, esperando con gesto triste la llegada del coche fúnebre que transporta el ataúd donde descansa mi cuerpo. Nunca imaginé que mi muerte pudiese congregarse tanta gente y menos aún personas a las que ni siquiera conozco, o que no había visto desde mi infancia y que ahora me parecen casi extraños. Son rostros desgastados por los años, que han vivido penas y alegrías que yo nunca compartí, ni siquiera intuí. Ahora los veo allí, serios algunos, pensando quizá cuándo fue la última vez que hablaban conmigo. Intentando recordar qué tipo de relación tuvimos, si es que alguna vez hubo alguna. Son familiares lejanos, tanto en el parentesco como en la distancia geográfica, que han venido expresamente a una cosa tan desagradable como es un entierro. Otros charlan en voz baja y a veces sonríen comentando tal o cual cosa, posiblemente algo fuera de lugar. No sé lo que es, aunque creo que si hiciese un gran esfuerzo, podría oírlos.

Algunas de esas personas son mis amigos y los acompañan sus mujeres, que con el tiempo también se han convertido en mis amigas. Todos ellos han hecho un esfuerzo para acudir a la cita no prevista que tienen conmigo. La mayoría visten de negro, el color del luto, el color de la muerte. Están hundidos y apesadumbrados y uno de ellos no deja de llorar. Sus lágrimas gotean como un manantial que se va secando con el calor del estío. Tiene un rictus de amargura. Si pudiera leer en su mente, diría que está

recordando algún momento que compartimos en la vida terrenal. Quizá alguna conversación entre filosófica y absurda, que caló en su corazón, por alguna causa que desconozco. O puede que fuera una discusión que nos acercó al odio que a veces se profesan las personas que se quieren, y cuya división con el amor es una línea tan delgada que es intangible.

Quisiera hablarles, decirles que no estén tristes, que yo también los quiero y que no me he ido por mi gusto. Entre mis planes más inmediatos no estaba el de saltar al otro lado con sólo 30 años. Es duro morir cuando uno piensa que aún no es el momento. Y es duro morir solo y sin previo aviso, como yo he muerto. Sentado en un sillón de casa, esperando la llegada de mi mujer, leyendo un buen libro junto a la chimenea. Supongo que mucha gente firmaría ese tipo de fallecimiento antes que hacerlo en un hospital, tras una larga enfermedad. Pero yo puedo asegurar que es un golpe bajo por parte de la Muerte. Uno no se hace a la idea de que ha muerto hasta que no le queda más remedio que reconocerlo, y en el mismo momento que lo está haciendo, ya está echando de menos los placeres de la vida física.

El sol está empezando a ponerse en el corto atardecer del otoño. También está muriendo un poco, solidarizándose con mi situación. Pero él tiene una gran ventaja. Mañana resucitará al amanecer, como lleva haciendo desde que el mundo es mundo.

En ese momento llega la comitiva fúnebre a las puertas del camposanto. Todos aparcan los vehículos junto a la puerta principal. Encima del dintel, una inscripción en letra gótica reza: *RUEGA POR LOS QUE EN ESTA MANSIÓN HABITAMOS*. De algunos coches descienden personas que han sido importantes para mí. Mi propia familia. Mis padres y hermanos, con sus cónyuges. Incluso mi abuela, que tiene 94 años. Seguro que nunca imaginó que enterraría a un nieto. Mis padres no pueden ocultar su dolor. Van cogidos de la mano, apoyándose uno en el otro. Mi madre llora sin parar, intentando

comprender cómo es posible que yo esté muerto. A veces dice palabras sin sentido y su mirada tiene un brillo extraño. Yo creo que es algo provocado por los sedantes que le han dado, y que sin embargo en mi padre han hecho el efecto contrario. Su rostro está sereno aunque lleve la procesión por dentro. Lleva un traje negro, el que siempre lleva en los funerales y las bodas.

Mis hermanos están hundidos. Los mayores caminan pálidos y demacrados. Los acompañan sus cónyuges, que les prestan todo el apoyo necesario para aguantar el mal trago. Mi hermano pequeño sólo tiene quince años. Consigue andar dignamente y sin sollozar, pero tiene los ojos enrojecidos. Lleva las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta y seguramente en su cabeza suena una canción de rock, intentando aislarse del mal ambiente que lo rodea.

De otro coche se baja mi mujer con su familia. Se adelanta un poco y se abraza a mi madre, sin dejar de llorar. No deja de repetir mi nombre como si conjurándolo pudiese devolverme a la vida. Cada vez estoy más triste contagiado con la atmósfera que ya no puedo respirar.

Estoy allí con ellos, y sin embargo no pueden verme ni sentirme. Eso me provoca una tristeza que me aterroriza. Puedo acariciarlos y no lo notan, les hablo y no me oyen. Mi mundo ya está con los muertos. A éstos sí puedo oírlos, llamándome desde sus tumbas. Reclamándome para ellos. Nombrándome con mis apellidos. Eso es lo más terrible. Oír mi nombre y apellidos pronunciado por los muertos. Susurrando, con mil voces distintas. Las de los niños se distinguen más claramente, han fallecido hace mucho tiempo y me quieren arrastrar con ellos, allá donde todo está oscuro y frío. Mis sentidos no se han embotado, al contrario, están hiperactivos. Noto en el aire un olor a podredumbre, el olor de los sepulcros. Mezclado con éste hay un olor dulzón de flores y tierra recién removida. Siento el sabor amargo de la hiel en mi boca yerta. Mi sangre ya no circula, pero la noto seca en las venas y

arterias. Estoy muy confuso, ya que a veces estoy dentro de mi cuerpo y a veces fuera de él. A veces camino entre la gente por el sendero hasta mi tumba y a veces voy dentro del ataúd, donde la oscuridad me oprime.

Mi padre y mis hermanos transportan sobre sus hombros la caja de madera donde reposo. Es de un bonito color miel, y su suavidad es exquisita. Casi da pena el pensar que se mezclará con los gusanos que comerán mi cuerpo y que acabará pudriéndose por el efecto de la humedad de la tierra. Eso está bien. Al menos mi sepultura será en tierra. No podría soportar pasar la eternidad en uno de esos nichos que estamos dejando a los lados. Me imagino la invisibilidad de esos compartimentos y veo a los muertos, flotando en el aire, todos en fila y con los brazos cruzados sobre el pecho mustio, como un triste plagio de esos pisos en los que vivieron tan cerca unos de otros.

Estamos pasando por la zona de los niños. Siento su llamada poderosa. Me dicen que vaya con ellos, quieren que alguien los visite, porque están muy tristes, llevan decenios solos sin nadie que les cante una nana. A algunos los oigo llorar y su llanto me provoca un escalofrío, me dan miedo, quiero que pasemos cuanto antes de largo. Otros me dicen que están desesperados, que murieron sin ser bautizados y que están en un lugar oscuro y frío, a medio camino entre la carne y el alma. Me dicen que están muy tristes porque Dios no los quiere y los tiene olvidados. Gritan enfadados que no quieren seguir así, que debo ayudarlos, pero yo tengo muchísimo miedo y procuro ignorarlos intentando pensar en mi familia. Ellos se dan cuenta de mi indiferencia y me maldice. Me gritan las cosas más espantosas que jamás podría haber imaginado que salieran de los labios de un niño. Sus plegarias se han convertido en palabras sucias y venenosas. Estoy horrorizado, pensando que la muerte es mucho más terrible que la más penosa de las vidas.

La comitiva sigue su camino hasta mi túmulo que ya se avista en la distancia. Los gritos y llantos de los niños, poco a poco se van difuminando

con el sonido del viento, hasta que por fin dejo de oírlos. Consigo centrarme en mi propio entierro y otra vez me invade la tristeza al pensar que definitivamente, van a darme sepultura. Mi ataúd es depositado en el suelo al lado de la zanja en la que será introducido. El sacerdote comienza a recitar los salmos de la Biblia, y todo el mundo comienza a llorar. Yo también estoy llorando, por ellos y por mí:

“El Señor es mi pastor, nada me falta. En prados de hierba fresca me hace reposar, me conduce junto a aguas tranquilas, y repone mis fuerzas. Me guía por la senda del bien haciendo honor a su nombre. Aunque pase por un valle tenebroso, ningún mal temeré, porque tú estás conmigo, tu vara y tu cayado me dan seguridad. Tu amor y tu bondad me acompañan todos los días de mi vida; y habitaré en la casa del Señor para siempre”.

La tapa del ataúd es abierta para que aquéllos a quienes yo he amado, me contemplen por última vez antes de convertirme en cenizas. Y allí estoy yo con el semblante serio y los ojos cerrados. Mi padre se derrumba y grita *¡hijo mío!*, mientras se echa a llorar lastimosamente. Mi madre lo consuela y le dice que me voy a un lugar mejor. Ojalá yo estuviera tan seguro de eso, porque la verdad es que no sé donde iré. Mi mujer se agacha, pone una flor sobre mi pecho y me besa la frente diciendo: *Que Dios te dé paz*. Otra vez se vuelve a tapar el ataúd, y entonces me asusto, porque de nuevo estoy dentro de mi cuerpo y rodeado de oscuridad. Empiezo a gritar que no me entierren, que estoy vivo, pero no pueden oírme. Noto como desciende la caja. El terror del que soy presa es indescriptible, en un paroxismo en el que creo que voy a enloquecer. Oigo caer la tierra en la tapa del ataúd. Ya no puedo ver a ninguno de mis amigos, de mis familiares. Tengo miedo, mucho miedo, más del que he tenido jamás. *Por favor, pienso, no me dejéis aquí. No permitáis que la tierra corrompa mi cuerpo, no me abandonéis. Os quiero. NO OS VAYÁIS. ¡NO ME ABANDONÉIS! ¡POR FAVOR! ¡¡¡NO ME DEJÉIS AQUÍ!!! ¡¡¡NO QUIERO*

ESTAR MUERTO!!! ¡¡¡QUIERO VIVIIIIIIIR!!!!

Hace un rato que no oigo absolutamente nada. Sólo hay silencio a mi alrededor. Estoy en la más triste de las soledades, en la más insondable de las oscuridades. He rezado todo cuanto sabía, mas mi situación no ha cambiado. En un momento dado, una esperanza ha penetrado en mi mente: ¿Y si todo esto no está pasando? ¿Y si estoy dormido y estoy soñando?, pero, ¡oh, Dios mío! ¡No consigo despertarme!

“Como un ángel de fieros ojos, me apareceré en tu alcoba.

Deslizándome en silencio, con las sombras de la noche”.

(Charles Baudelaire. Las flores del mal. “El Aparecido”)

LOS SUEÑOS EN LA CASA
DEL
ABISMO

La casita, vista desde la carretera, parecía la de la bruja del cuento de Hansel y Gretel. Pequeña, de una sola habitación, y con dos ventanitas protegidas con barrotes. El tejado coronado por una pintoresca chimenea, hecha artesanalmente a base de piedras que, dispuestas de forma conveniente, formaban un cono por el que salían los humos del hogar. Y lo mejor era su enclave. Allá en lo alto, en un risco al borde de un precipicio, casi desafiando la ley de la gravedad. Cada una de sus cuatro paredes tenía una particularidad. La pared este era la que daba al barranco y en ella se abría una de las dos ventanas. Era la fachada que daba a los pinos y a la carretera abajo. Su cara contraria, la oeste, no estaba fabricada por manos humanas, ya que era la propia roca del risco la que hacía las veces de pared. Había sido convenientemente cincelada para limar la aspereza de la piedra y después se había encalado y aprovechado una grieta natural, que había en el ángulo con la pared sur, para reciclarla en hogar donde ardían hogueras que hacían la doble función de cocinar y calentar la vivienda.

En la cara norte se abría la puerta principal y la otra ventana, más pequeña que la anterior. Se accedía por un sendero que desembocaba en un pequeño porche empedrado, antesala de la propia casa. La pared sur daba de nuevo al precipicio, aunque había una porción de terreno que impedía caer al vacío cuando se salía por una minúscula puerta trasera.

Desde la carretera, conduciendo un Nissan Patrol, Marcos Martín la

admiró con orgullo justificado, ya que aquella encantadora casita la había construido él con sus propias manos. Sin más ayuda que la de sus músculos, su imaginación y su ingenio. La había amueblado rústicamente, con sencillez pero a la vez con un gran sentido de la comodidad. Había puesto un viejo sofá bajo la ventana que daba al barranco y una mesa de madera con un par de sillas, en el centro de la estancia. En la pared de roca había construido un fregadero y una pequeña cocina de gas, además de diversas estanterías dispuestas en todo el perímetro interior. El fregadero disponía de agua corriente gracias al ingenioso sistema de vasos comunicantes que había instalado. Un depósito ubicado monte arriba y que se llenaba con agua de lluvia, abastecía las tuberías del grifo. El suelo de la cabaña lo había forrado con planchas de madera, lo que permitía aislar la humedad y darle un toque de verdadero hogar a la casa.

Marcos pulsó el intermitente derecho del coche y se desvió al carril de tierra que conducía a la parcela de sus padres y por donde debía pasar forzosamente para acceder a la casa. El carril ascendía serpenteando alrededor de un kilómetro caracoleando entre pinos y encinas, salpicado por enormes baches, que el Patrol sorteaba sin dificultad. Por fin llegó a la puerta de hierro que defendía el terreno de su familia y detuvo el todoterreno sin apagar el motor. Se apeó y quitó el candado, abriéndola de par en par. Al instante los perros empezaron a ladrar de alegría, reconociéndolo. Introdujo el Nissan y lo aparcó bajo un inmenso parral, sacando las bolsas de comida para los perros del maletero. Cuando terminó de alimentarlos se dirigió al sendero que conducía a la casa y que discurría entre grandes pinos al límite de la propiedad de sus terrenos.

Le llevó unos diez minutos recorrerlo y por el camino vio el rastro que algunos jabalíes habían dejado en él al cruzarlo de arriba abajo. Habían aplastado las hierbas que florecían al borde de la vereda y en el suelo cubierto

de hojas de pino, se veían con claridad las huellas de sus pezuñas y hocicos.

Llegó por fin, jadeando a causa de la subida, al porche empedrado de cantos rodados que él mismo había cogido en el lecho del río. Se paró un momento mirando la casa, recuperando la respiración. Encima de la puerta había puesto el fósil de una amonita. Era del tamaño de un plato de postre y lo había encajado entre las piedras con las que había edificado la vivienda. El efecto que producía era excelente, dándole a la casa la impresión de una antigüedad que en realidad no tenía, ya que la había terminado hacía apenas un par de años.

Se dio la vuelta dándole la espalda a la puerta, observando el paisaje que le rodeaba y que era de una belleza extraordinaria. Tanto era así, que lo había fotografiado y la imagen resultante servía de salvapantallas en el ordenador de su oficina.

Estaba rodeado de montañas, todas ellas con un mar verde de pinos. Al fondo se veía el valle por el que discurría la minúscula carretera y a su lado bajaba el río. Frente a él, mirando hacia el horizonte, se veían las ruinas de un castillo en un emplazamiento a la misma altura a la que él se encontraba. Era el último bastión de defensa en la época de la dominación árabe. Una atalaya desde la que se avisaba de la presencia de los enemigos a la ciudad que se veía detrás, a unos diez kilómetros en línea recta. Ahora, siglos más tarde y a pesar de haber perdido su razón de ser, el castillo se negaba a morir del todo y aún conservaba casi intacta su torre principal, como un testigo silencioso y grave de tiempos ya olvidados.

El sol empezaba a ponerse tras las montañas y un viento frío comenzó a soplar agitando las copas de los árboles. Marcos se estremeció y se subió la cremallera del anorak. Introdujo la llave en el candado de la puerta y lo abrió, pasando al interior. Dentro olía a humedad y le costó un poco acostumbrar sus ojos a la penumbra reinante. Abrió las ventanas para ventilar la habitación y

enseguida se puso a apilar leña en la chimenea y a barrer el suelo. Cuando el aire se hizo un poco más respirable, con el fresco aroma a pino que penetró del exterior, volvió a cerrar las ventanas y encendió el fuego. Se sentó de espaldas a él y estuvo un rato estudiando en la mesa camilla el temario de oposiciones a las que tenía pensado presentarse en los próximos meses.

Hacia las nueve y media, cuando ya era completamente de noche, apartó los papeles y se preparó unas lonchas de tocino y unas salchichas en la lumbre, bien regadas con abundante cerveza que se enfriaba en un bidón de agua que había en el porche. Después separó el sofá del ventanal y lo acercó a la chimenea. Cogió una manta y se tumbó dispuesto a dormir lo más cómodamente posible. El silencio era impresionante y había elegido la cabaña como lugar de estudio precisamente por eso. Necesitaba tranquilidad y soledad para concentrarse y aquel rincón perdido en mitad de la sierra era perfecto. Sin embargo, esa total ausencia de ruido le impedía ahora dormir, acostumbrado como estaba a los sonidos nocturnos de la ciudad: sirenas, tráfico, gente borracha gritando por la calle...

Como accediendo a sus pensamientos, una lechuza ululó en algún árbol cercano y su grito sonó como la risa de una bruja. Marcos sintió un escalofrío y se arropó hasta la barbilla pensando en lo irracional que era el miedo a la naturaleza. Era el miedo más primordial del ser humano. El miedo a lo desconocido, a la oscuridad y a los animales salvajes. Estuvo un buen rato con la mente ocupada en diversos pensamientos hasta que se durmió, pasada la medianoche.

La risa de la lechuza lo despertó tres horas más tarde. Las llamas de la chimenea se habían convertido en ascuas rojizas y la casa estaba tan fría como una cámara frigorífica. Se levantó y echó unos cuantos leños en la lumbre que pronto se avivó y comenzó a dar calor. De nuevo se acostó y se tapó hasta las cejas. Estaba empezando a dormirse de nuevo cuando la risa lo

sobresaltó una vez más, haciéndole abrir los ojos de par en par. En esta ocasión había sonado mucho más cercana, tal vez dentro de la propia casa. Se incorporó, sentándose en el sillón y miró detrás de él en dirección al ventanal de la pared este, justo donde estaba el sofá antes de que lo hubiera acercado al fuego. Lo que vio le heló el corazón.

Tras el cristal de la ventana, una figura envuelta en un sudario marrón miraba hacia el interior, con las manos apoyadas en las mejillas y en el propio vidrio para poder espiar mejor lo que ocurría dentro. A Marcos esto le pareció demencial ya que era virtualmente imposible que hubiese nadie allí, por la sencilla razón de que aquella ventana daba al precipicio y la pared estaba construida de tal forma que no había suelo donde la misteriosa figura pudiese posar sus pies.

Cuando el personaje del sudario se percató de que había sido descubierto, desapareció al instante para aparecer segundos más tarde en la otra ventana, la del porche. Se acercó al cristal y comenzó a dar golpecitos con los dedos, tratando de llamar la atención del joven. Éste sintió que la sangre se le convertía en hielo y se quedó durante unos segundos horrorizado tratando de discernir si lo que le estaba sucediendo era real o no. No podía apartar la mirada de la ventana y se puso a temblar sin poder evitarlo.

Por fin reaccionó y levantándose de un salto, se plantó en la ventana cerrando inmediatamente los postigos. Durante un segundo se fijó en la cara que lo observaba y sólo pudo ver la sonrisa de una mujer, que al entreabrir los labios dejó a la vista unos colmillos blancos y puntiagudos. El resto del rostro permanecía oculto por la capucha del sudario.

Hizo lo propio con la otra ventana y se quedó parado en mitad de la habitación, a la expectativa. Al cabo de unos segundos de interminable silencio, volvió a oír la siniestra risa y casi seguidamente unos golpes en la puerta principal, imperativos e impacientes. Instantes más tarde era la pequeña

puerta trasera la que era sacudida con unos golpes que a Marcos se le antojaron tan fuertes que pensó que la hoja de madera saltaría de sus goznes.

Se sentó en el sofá temblando de miedo y de pronto se dio cuenta de que estaba rezando, él que era un agnóstico convencido y que según decía “no creía en nada, gracias a Dios”. Durante al menos diez minutos, las anónimas manos estuvieron golpeando puertas y ventanas a diestro y siniestro y casi sin interrupción. Cuando más se le ponían los pelos de punta a Marcos era al ver sacudirse la ventana que daba al precipicio, ya que se suponía que era imposible mantenerse allí sin caer.

De pronto, todo el ruido cesó y esa ausencia de sonido lo asustó aún más. Se quedó escuchando, afinando el oído, intentando captar el más mínimo vestigio que le permitiera saber si su misteriosa visitante se había marchado. Al cabo de un rato que se le antojó eterno, bajó la guardia y se sentó en la mesa para reflexionar sobre lo ocurrido. Justo en ese momento comenzó a sonar su teléfono móvil. Su timbrado le hizo dar un brinco y la insistencia de su llamada le hizo preguntarse quién podía llamarlo a esas horas.

El teléfono estaba en el alféizar de la ventana norte, único punto de la cabaña donde tenía cobertura en un sitio tan aislado como aquél. Se levantó y lo cogió mirando en la pantalla el número de teléfono que intentaba ponerse en contacto con él. No había tal número. Tan sólo ponía “privado”, como cuando la compañía telefónica llamaba a los usuarios, ocultando la procedencia.

Con las manos temblorosas y a punto de caérsele al suelo a causa del nerviosismo, pulsó el botón que representaba un teléfono descolgado y apoyó el auricular en su oreja.

-¿Diga? –preguntó en susurros y el sonido de su propia voz lo asustó.

Al otro lado de la línea una voz femenina, dulce y sensual le contestó con presteza.

-Marcos... ábreme... ábreme la puerta. No me dejes aquí... ¡Hace

tanto frío...!

Sintió que se le secaba la garganta y la lengua se le pegaba al paladar. Al instante tuvo la convicción de que debía obedecer a su interlocutora. Es más, notaba *que quería abrirle*. Su voluntad hizo un último esfuerzo y preguntó:

-¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí?

La voz rió, pero esta vez la risa no fue lúgubre ni siniestra, sino encantadora y hechizante.

-¡Por favor, déjame entrar! ¡Déjame calentarme junto al fuego, tengo tanto frío...! ¿Te apiadarás de mí? ¿Me abrirás la puerta, Marcos...? ¡¡ÁBREME!!

Marcos obedeció al instante y en el umbral de la entrada se recortó una figura. Detrás de ella todo estaba oscuro.

La mujer se echó la capucha atrás y su pelo negro se derramó sobre los hombros. Sus ojos brillaron con inteligencia, como los de un animal del bosque.

Le franqueó la entrada, haciéndose a un lado. Ella entró y cerró la puerta tras de sí.

-Está claro que este lugar provoca pesadillas, Marcos –dijo Alberto-. Nos ha pasado a todos, no sólo a ti.

-Totalmente de acuerdo –corroboró Germán-. Los cuatro hemos tenido malos sueños al dormir aquí. Y en solitario, como tú dijiste.

Se encontraban en la cabaña jugando al póker, fumando puros habanos y bebiendo whisky en vasos pequeños. Era de noche y tenían el fuego encendido. Marcos les había hablado de su experiencia, una semana atrás,

contándoles su encuentro con la extraña mujer y ellos le habían insistido en que había sufrido una pesadilla propiciada por la soledad, el aislamiento y el ambiente en general.

Para apoyar esta teoría, Blas, el cuarto en discordia, había propuesto pasar cada uno la noche allí, sin compañía. Y así lo habían hecho. Hoy se reunían para comentar la experiencia. Todos coincidían en haber tenido horribles pesadillas y eso no hacía sino darles la razón acerca de lo sugestionable que llega a ser el hombre.

Dejaron las cartas una hora después y se pusieron a preparar la cena. Cuando dieron buena cuenta de ella, se sentaron todos en el sofá de cara al fuego y encendiendo nuevos puros se decidieron a hablar por fin del tema que habían postergado sin darse cuenta.

-Bien, ¿quién empieza? –preguntó Marcos-. Mi historia ya la conocéis.

Blas Gutiérrez tomó la palabra.

-Bueno, ya sabéis que fui el siguiente en quedarme a dormir después de Marcos, así que empezaré yo.

<<Me quedé dormido después de estar un buen rato leyendo. Y tuve una pesadilla horrible. En mi sueño, estábamos toda mi familia en el funeral de mi abuelo, que como sabéis falleció de cáncer hace cuatro años. Como os digo, estábamos todos en la iglesia asistiendo a la misa previa al entierro. Cuando el cura terminó dándonos a todos la bendición, la gente empezó a acercarse a mis padres y hermanos para darles el pésame. Yo estaba un poco apartado de ellos pensando en lo mal que habíamos terminado mi abuelo y yo. Como sabéis, mi relación con él no era precisamente cordial y mientras mis hermanos y mis padres se turnaban para pasar las noches en el hospital, acompañándolo, yo me desentendía completamente del tema. De hecho, cuando mi abuelo murió yo seguía sin hablarme con él. El caso es que por esas

cosas absurdas que tienen los sueños y que cuando estamos soñando lo vemos como lo más normal del mundo, ocurría algo fuera de lo común, en mi opinión. El ataúd estaba descubierto y en él descansaba el cuerpo de mi abuelo, cuando lo normal es que en la iglesia la tapa esté cerrada. Donde suele estar abierta es en el tanatorio, cuando el cadáver se está velando.

<<El caso es que la gente iba pasando junto al ataúd, echando un último vistazo a mi abuelo y diciendo frases como “qué bueno era” o “descansa en paz” y luego se iban y salían de la iglesia. Así lo fueron haciendo todos cuantos asistían a la ceremonia, incluyendo a mi familia, hasta que me encontré a solas en el templo con el ataúd a unos metros de mí. Decidí que también yo debía hacer un último esfuerzo de reconciliación, aunque fuese a esas alturas, así que me acerqué al féretro y me quedé mirando a mi abuelo. De repente, se incorporó y sin mover sus manos que seguían cruzadas sobre su pecho, me habló mirándome a los ojos: “Antes de cinco años estarás tan muerto como yo”, dijo. Después volvió a su posición original y cerró los ojos. Yo salí despavorido y en la puerta de la iglesia me encontré con mi padre. Al verme así me preguntó qué me pasaba. Le conté lo que me había sucedido y él me palmeó la espalda diciéndome: “No te preocupes, ya sabes lo bromista que era el abuelo”. Y yo me quedaba frío y empezaba a llorar, porque mi abuelo no había gastado una broma a nadie en su vida.

Los demás se quedaron en silencio, impresionados por lo que Blas acababa de contarles. Germán se levantó, atizó el fuego y volvió a sentarse.

-También yo soñé con muertos –dijo con un hilo de voz- ¿Os acordáis de la época en que trabajaba de carpintero en la empresa Cárdenas?

Los demás asintieron.

<<Soñé que íbamos a trabajar a su chalet, ya que algunas veces lo hacíamos en la vida real y solíamos fabricar algún mueble que nos habían encargado. Pues bien, estábamos en un patio que tenía en la parte trasera del

chalet, cuando mi jefe va y me dice: “Germán, ve al salón y me traes un destornillador que hay en un cajón del aparador”. Total que yo le obedezco y entro al salón. Y me quedo sorprendido porque de pronto veo a una mujer mayor vestida de negro en mitad de la habitación. Me quedo parado porque yo creía que estábamos solos en la casa y no me esperaba encontrar a nadie. Y entonces ella me dice: “Muchacho, dile a Paco (que era mi jefe) que su hermana está aquí. Y que su otra hermana ha muerto”. Entonces yo salgo disparado hacia el patio, sin destornillador ni nada, y muy nervioso le digo a mi jefe: “Paco, en el salón hay una mujer que dice que es tu hermana y que tu otra hermana se ha muerto. Dice que vayas”. Mi jefe se ríe y me dice: “Venga Germán, déjate de bromas y tráete de una vez el maldito destornillador”. Y yo le respondo, muy serio: “Si no es broma, Paco. Te estoy diciendo la verdad. En el salón hay una mujer de negro que dice que es tu hermana, y que tu otra hermana ha muerto. Te lo juro”. Y entonces mi jefe me responde: “Pero vamos a ver, Germán, ¿cómo se va a morir mi otra hermana si yo sólo tengo una hermana? Entra al salón y tráeme el destornillador”. Entonces yo vuelvo a entrar en la casa y cuál es mi sorpresa, que al dirigirme al mueble donde está la herramienta, veo a la mujer que me ha hablado antes tumbada en el sofá, muerta y con las manos sobre el pecho. Entonces salgo corriendo, aviso a mi jefe y éste por fin me cree. Al ver a su hermana se echa a llorar allí mismo y se lía un revuelo de mil demonios. Más tarde estoy en el entierro, llorando yo también y mi jefe no para de decirme: “tenías razón, tenías razón, estaba muerta...” Y por fin me desperté, y cuando lo hice estaba llorando todavía.

De nuevo quedaron en silencio y al rato fue Alberto quién empezó a hablar.

<<Mi sueño fue más surrealista. Soñé que estábamos todos en la ciudad (me refiero a nosotros y a nuestras familias), y estábamos muy

nerviosos porque habían dicho en la televisión que algo muy importante iba a pasar. Algo que iba a cambiar completamente la forma de pensar de la gente y que iba a alterar el orden y la forma de vivir de las personas en el mundo. Estábamos todos a la expectativa, cuando por fin sucedió. Era simplemente que un pequeño grupo de personas en el mundo, “los ocultos”, como ellos mismos se autodenominaban, querían someter al resto de habitantes del planeta a su yugo y convertirlos en esclavos. Cuando se iba el sol, ellos patrullaban las calles y disparaban contra todo aquel que tuviese la osadía de salir al exterior. Habían impuesto una especie de toque de queda que impedía a las personas andar libremente por la calle, después de la puesta de sol. Eran los amos de la oscuridad y poco a poco se iban apoderando del mundo. Nos enteramos de que siempre habían estado entre nosotros, como una logia o una sociedad secreta, pero hasta ahora no habían decidido darse a conocer. Recuerdo que en el sueño me decía a mí mismo: “¿Cómo es posible que tan poca gente pueda someter a la mayoría de los habitantes del planeta?” Y llegué a la conclusión de que su poder era el miedo, porque el miedo se iba apoderando de todos nosotros y nos quitaba toda esperanza de sobrevivir. Poco a poco nos iban aniquilando y cada vez estábamos más desesperados. Y lo peor de todo... Lo peor de todo fue que me desperté de la pesadilla cuando no había ni un atisbo de esperanza y todos esperábamos la muerte sin poder evitarlo...

Después de este último relato, todos estuvieron de acuerdo en la influencia funesta que ejercía aquel lugar en los sueños de los que dormían allí. Decidieron que se quedarían a dormir todos allí esa noche para comprobar si las pesadillas también se manifestaban en grupo.

Después de echar una última partida de cartas, dispusieron el sofá y un par de colchones y se echaron a dormir. Todos menos Marcos, que pretextó quedarse un rato a estudiar ya que no tenía sueño. Se sentó en la mesa y a la

luz de un quinqué se enfrascó en el estudio. No podía concentrarse en la lectura y no dejaba de pensar en la conversación que habían tenido antes. Pesadillas. Malos sueños. De vez en cuando, miraba a sus amigos y los veía removerse inquietos. Tal vez también ahora soñaban con cosas que no les gustaban nada. Decidió que intentaría no dormirse aquella noche. No quería volver a pasar por lo que ahora estaban pasando ellos. Se centraría en el estudio. Se centraría en sus oposiciones. No dormiría hasta que amaneciera. Se concentraría y... De vez en cuando volvía a mirarlos y se estremecía con una extraña sensación. Muy extraña. Debo estudiar, se dijo. Debo estudiar. Debo estudi...

Despertó con la cabeza apoyada en la mesa, entre los papeles, y con una sensación de pesadez en el estómago. Las primeras luces del alba entraban por la ventana y se sorprendió al comprobar que la luz le molestaba. Cerró los postigos de las dos ventanas y avivó las llamas de la lumbre echando leños secos que habían sobrado de la noche anterior. Luego encendió unas cuantas velas y se dispuso a despertar a los otros, para que le contasen su experiencia nocturna. Él no recordaba haber soñado nada.

Se inclinó sobre los colchones y el sofá y se dio cuenta de que estaban los tres muertos. Estaban pálidos como estatuas, desangrados y fríos. Todos tenían marcas de dientes en el cuello y en las muñecas. En las mantas había pequeñas manchas de sangre. Se pasó la lengua por los dientes puntiagudos y por los labios, donde quedaba sangre reseca. Notó el sabor a hierro que dejaba la sangre. Era un extraño sabor. Y descubrió que le gustaba.

que,
manos
gusta,

En el desierto vi una criatura desnuda, bestial,
acuchillada en el suelo, tenía su corazón entre las
y comía de él.
Dije: “¿Es bueno, amigo?”
Y él contestó: “Es amargo... amargo, pero me
porque es amargo y porque es mi corazón”.
Stephen Crane.

TUMBAS DE SAL

-No existe el crimen perfecto –sentenció mi buen amigo Johnny.

Yo me lo quedé mirando y sonreí. Tomé un sorbo del excelente whisky de malta que ambos saboreábamos con auténtico deleite. Noté el licor abrasarme al bajar hacia mi estómago. Era fuego líquido, un regalo de los dioses. Desprecio a aquéllos que mezclan con refrescos baratos tan preciado licor, fruto del trabajo de hombres que hace centurias lo destilaron por primera vez. “Agua de vida”, que lo llamaron los escoceses y a fe mía que lo

es.

Mi amigo y yo nos encontrábamos en mi casa de campo. Una vieja mansión familiar alejada del mundanal ruido que normalmente sólo yo solía habitar, después de que me abandonase mi mujer. Fuera de esporádicas visitas de mi compañero del alma y de alguna que otra todavía más esporádica visita femenina, aquel lugar era mi solitario santuario. Tuve la suerte de heredar de un familiar al que casi no conocía, la gigantesca casa de tres plantas en la que ahora departíamos relajados, fumando y bebiendo frente a la chimenea de la biblioteca, que era mi habitación favorita, huelga decirlo. Era ésta una sala grande, de techos altos, con las paredes en sus tres cuartas partes pobladas con estanterías llenas de libros y grandes ventanales en la pared restante. Bien iluminada de día por tanto, también lo era al anochecer gracias a la extraordinaria lámpara de araña colgada de las vigas de madera de castaño, que me dotaba de luz más que suficiente para mis innumerables lecturas en noches de insomnio. En el centro de la estancia y presidiéndola en cierto modo, había una mesa de billar americano del siglo XIX en la que a veces dilucidábamos nuestra maestría con los tacos, mi amigo y yo. Enclaustrada en la pared norte y rodeada por los libros, estaba la chimenea, misteriosa y vieja, que había engullido en sus años de historia miles y miles de kilos de leña seca. En una pequeña mesa se encontraban las botellas de licor y los vasos que cada noche utilizaba, después de cenar. Esa noche, debido al frío, nos habíamos tomado un caldo caliente, seguido de un surtido de canapés que mi amigo había alabado definiéndolos como “ambrosía” y “manjar de dioses”.

Expulsé de mis pulmones el humo dulzón de la pipa, que se iba expandiendo a lo largo y ancho de la sala.

-Te equivocas, sí que existe –repliqué-. Yo cometí uno hace cinco años y como ves sigo impune.

Me miró como si no hiciese veinticinco años que me conociera y

fuera un extraño para él. Luego su expresión se dulcificó y una sonrisa socarrona apareció en su rostro. Tomó un largo trago de su vaso y soltó una alegre carcajada. Fuera, en el exterior, una débil llovizna nos recordó que seguíamos en enero y que a las seis de la tarde ya era de noche.

-Me estás tomando el pelo –concluyó poniéndose muy serio-. Debes estar completamente borracho si crees que vas a engañarme. Tú no eres capaz de hacer eso.

Me levanté del butacón con un gruñido y añadí más leña al fuego, que empezaba a dar síntomas de agotamiento, atizándolo hasta que conseguí reanimarlo. Tomé asiento de nuevo y fijé mi vista en las llamas. Mis ojos brillaban a causa del resplandor y los recuerdos.

-¿Recuerdas la temporada que pasé trabajando como carnicero en la tienda del señor “.....”?

Frunció el entrecejo y contestó sin rodeos:

-Sí, y me acuerdo que el empleo no te gustaba mucho ya que no te pagaba muy bien.

Así era, en efecto. Mi patrón no era un tipo lo que se dice generoso. Cada mes solía tener discusiones con él a causa de la cantidad de mis emolumentos y los retrasos en los pagos. Sin embargo, la inminente boda con la que luego sería mi mujer y los consiguientes gastos, me hacían aguantar en el puesto.

-Como sabes, las tardes que había menos trabajo, mi jefe se marchaba y me dejaba a cargo del negocio. Yo aprovechaba que la afluencia de público era escasa y deshuesaba la carne para el día siguiente, limpiaba, etc. Lo único que quería era que la tarde pasase pronto para poder cerrar e irme a casa.

<<Pero una tarde en la que me disponía a echar el cierre, entró alguien en la tienda. Supongo que debí ser más precavido, pero ese día tenía más prisa de lo habitual ya que estaba muy cansado. Así que le dije que

entrara y acto seguido cerré la persiana metálica (lo que a la postre sería mi salvación, ya que nadie vio lo que hice). Era un tipo joven, mal vestido y con cara de pocos amigos. Le pregunté qué quería y él fue directamente al grano. Me dijo que le diera todo el dinero de la caja si no quería salir malparado, y acto seguido sacó una pequeña navaja. A mí la situación me hizo gracia; imagínate, una navaja en una carnicería donde la hoja del cuchillo más pequeño medía 40 centímetros. Eso sin contar el hacha que tenía cerca de mi mano derecha, tan pesada que partía los huesos de vaca como si fueran de mantequilla.

<<Así que empecé a reírme en su cara y a decirle que se marchara si el malparado no quería ser él. Mi risa debió ofenderlo, y sin pensárselo dos veces saltó hacia el mostrador y me clavó la navajita en el brazo izquierdo, a la altura del bíceps. Mi reacción me sorprendió hasta a mí mismo. Agarré el hacha y la descargué con todas mis fuerzas, maldiciendo a causa del dolor en el brazo. Fue repugnante. Su cabeza reventó como una sandía y trozos de masa encefálica me salpicaron la cara y el cuello. El hacha quedó clavada en el hueso y sólo mucho más tarde pude sacarla, mellada e inservible. El cuerpo cayó al suelo como un fardo, donde se debatió durante unos segundos, manchándome todo el local de sangre que manaba de su cráneo a borbotones.

<<Lo primero que hice cuando me di cuenta de que había matado a un hombre, fue sentarme, encender un cigarrillo y pensar la forma de salir de aquello sin meterme en un lío. Allí estaba, eran las ocho de la tarde, tenía la puerta de la tienda cerrada y un cadáver del que deshacerme. Ni por un momento me planteé llamar a la policía y alegar defensa propia. Cuando la poli mete sus narices y empieza a husmear siempre ven cosas donde no las hay, y ven móviles del crimen donde no los hay. Y supe que si hacía esa llamada, ya nunca estaría tranquilo. Tanto por parte de la ley como de algún posible amigo o familiar de la víctima. Así que pensé que lo mejor sería hacer

desaparecer el cuerpo y no contarle nada a nadie. Como si aquello no hubiera pasado y sólo fuera una condenada pesadilla. El problema era entonces cómo sacarlo de allí sin que nadie me viera. Estuve un buen rato devanándome los sesos, pensando en la mejor solución, hasta que caí en la cuenta de que quizá no hiciera falta sacar el cuerpo de allí.

<<Rápidamente me puse manos a la obra. Lo arrastré hasta el almacén y con no poco esfuerzo lo subí a la mesa de trabajo. Lo desnudé y tiré las ropas a la basura. Empecé a deshuesarlo con sumo cuidado, como si fuera una res cualquiera. En realidad el ser humano es bastante parecido a un cerdo. Tuve también que destriparlo, desangrarlo y sacarle todos los órganos internos.

<<Cuando terminé de separar toda la carne del hueso, la fui introduciendo en la máquina picadora. Me llevó más de dos horas picar los cerca de cincuenta kilos de carne que salieron del tipo. Luego, con una paciencia infinita, eché la carne picada por el váter. Al principio tenía que esperar que se llenase la cisterna para poder echar otra ración de carne a las tuberías. Luego, para ir más rápido, llenaba cubos en los grifos del lavabo, y gracias a esto el agua arrastraba los desechos con más rapidez. Cuando por fin hube tirado hasta el último gramo de carne y piel, tuve que limpiar toda la sangría que había en el suelo, la mesa, la máquina picadora y los cuchillos.

<<Eran casi las dos de la mañana cuando pude marcharme con el objetivo cumplido, cansadísimo, pero con una intensa satisfacción. La satisfacción que proporciona tener todos los cabos atados. Nunca recibí una sola visita de la policía ni de nadie. Fue como si no hubiese sucedido. Nunca se lo había contado a nadie, ni siquiera a mi mujer. Hasta hoy.

Mi amigo me miró, horrorizado. Era evidente que el relato le había impresionado y su escepticismo había desaparecido.

-¡Pero entonces... eres un asesino! ¡Dios mío, eres un criminal!

¿Cómo puedes vivir con algo así en tu conciencia? ¡Eres un monstruo!

Sonreí con indulgencia mientras apuraba el vaso de whisky.

-Cálmate. No soy ningún monstruo, ni ningún asesino. Actué en defensa propia, ya te lo he dicho.

-¡Pero esa frialdad, para hacer lo que hiciste! ¡Deberías confesar, por tu alma!

-Tú hubieras hecho lo mismo que yo. Y mi conciencia está perfectamente. En realidad, hice un favor a la sociedad, quité de en medio a un indeseable que no volverá a robar a ningún honrado ciudadano.

Mi amigo y yo nos quedamos en un silencio hosco. Yo sabía que la brecha que se había abierto en nuestra amistad, nunca se cerraría. Y eso habría que solucionarlo.

-Tengo una curiosidad –dijo mi amigo al cabo de un rato-. Hay algo que no entiendo. ¿Cómo te deshiciste del esqueleto de ese desdichado? ¿Qué hiciste con sus huesos?

Lo miré fijamente a los ojos y volví a sonreír.

-¡Ah, eso! Se me había olvidado decírtelo. En realidad fue bastante fácil. Los corté y los enterré en sal en la cámara frigorífica. Mezclados con los de cerdo que salábamos todas las semanas, pasaban desapercibidos. Ya te he dicho que tenemos muchos puntos en común con ese lindo animal.

Él me miró con un desprecio que rayaba en el odio.

-Realmente estás enfermo. Les vendiste esos huesos a los clientes para que hiciesen caldo. ¡Es repugnante!

-No creas, la verdad es que sale un caldo excelente. Tú mismo lo has podido comprobar esta noche. Estaba bueno, ¿verdad?

Mi amigo cambió varias veces el color de la cara, hasta que al final vomitó en la alfombra. Por supuesto, era mentira. En realidad el caldo era de bolsa. De esos que se venden en cualquier supermercado (aunque vaya usted a

saber de qué están hechos), pero él estaba tan sugestionado que olvidó que los hechos habían sucedido cinco años antes. Sin embargo, vomitó. Y eso me desagradó. No me gusta que me vomiten en la alfombra, se queda hecha un asco y es muy difícil de limpiar. Y como me desagradó, cogí el atizador de la chimenea y golpeé a mi amigo en la cabeza hasta acabar con él. Tuve que emplearme a fondo porque el muy maldito no quería morir. ¿Que cómo me deshice de su cuerpo? Esa es otra historia y ya os la contaré otro día.

“Ya sé que hay fantasmas que vagan por el mundo.

**forma...
;Estate siempre conmigo...toma cualquier**

**abismo
vuélveme loco, pero no me abandones en este**

en el que no puedo hallarte!”

(Emily Brönte, *Cumbres Borrascosas*)

GASTANDO

AMOR

Creo que no exagero ni un ápice al afirmar que la ciudad de Teruel es una de las más bellas de España. Mezcla de un esplendoroso pasado mudéjar, símbolo de la convivencia entre pueblos, y un presente cimentado en la esperanza de los turolenses de salir de un letargo monástico que los ha llevado, a su pesar, a ser presa del ostracismo más absoluto por parte de los habitantes del resto del país.

Yo, que soy de una ciudad del sur, pero no de la costa sino del interior, sé muy bien a qué se refieren. Y sé muy bien lo que significa estar dejados de la mano de Dios (y esa mano es la de nuestros gobernantes). Por desgracia éste parece ser un mal generalizado, ya que la alternancia en el

poder de distintas ideologías, no hace sino confirmar que la desgracia se ceba en los más débiles.

Pero no escribo aquí para pontificar sobre nuestras penas ni a proponer soluciones. Para eso ya hay gente a la que el sufrido ciudadano de a pie, ya paga en cantidad abundante, a fuerza de estrujarse el bolsillo y apretarse el cinturón. Insisto, no vengo a hurgar en nuestras heridas, sino a contar una historia. Acaso para olvidar durante un rato las desdichas que nos embargan.

Lo que vais a oír a continuación es en conciencia, rigurosamente cierto. Puede que hacia el final del relato dudéis de mi capacidad mental (o incluso meramente, de la intelectual), y os lo advierto: no hace mucho estuve internado en un hospital psiquiátrico, que es como ahora llaman a los manicomios para hacer el sonido del vocablo más agradable al oído y despojarlo de connotaciones truculentas. A vosotros os corresponde por tanto, discernir lo real de lo irreal. Luego no digáis que no os lo avisé.

Es cierto, Teruel existe y doy fe de ello. Vine a la ciudad huyendo de la mía y de una historia de amor (o más bien desamor) y me encontré con otra aún más terrible, aunque es de justicia reconocer que todas lo son. El amor es en sí mismo, un animal extraño; hambriento e incansable. Su alimento se encuentra en el interior del corazón de los hombres y mujeres que deambulan por la Tierra, y si para conseguirlo tiene que acceder a él por medio de martillazos, no dudará hasta destrozarlo y sorber de ese jugo vital que es su razón de vivir. Y cuando, a fuerza de representar su obra vampírica, lo deja seco y exhausto, con las maquinarias que lo sostienen a punto de desfallecer, emigra a otro inquilino más sano que le procure el sustento y vuelve a empezar de nuevo en un ciclo infinito. El amor devora, devora, devora... y lo peor es que nunca se sacia.

Yo nunca había oído hablar de los Amantes de Teruel, y pido a los

turolenses humildes disculpas por mi ignorancia, pero en mi descargo diré que otros asuntos reclamaban mi atención. Asuntos que quizá no convenga aclarar aquí, dada su naturaleza, y que espero no enturbien la relación de amistad y afecto que he labrado con las gentes de esta ciudad que Dios bendijo desde su nacimiento.

Llegué temprano, cuando el sol empezaba a despuntar por el este, iluminando el viaducto, y me encontré con una población fantasmal; dormida y fría. Estacioné el coche en el aparcamiento subterráneo de la plaza de San Juan. Cargué con mi exigua maleta y crucé las plazas de Torico y de la Catedral hasta desembocar en la de Pérez Prado. La inmensa mole de la torre de San Martín domina con su presencia el lugar como un vigía antiguo y alerta. En su base hay un arco por el que discurre un callejón adoquinado. Frente a ella se alza majestuoso, el Seminario Conciliar, reconvertido hoy en hostel para el descanso del viajero, lugar éste último donde yo me alojaría. Su fachada es de un color azul desvaído, tiene un bonito campanario y debajo de éste un rosetón con una vidriera. Entre la torre y el Seminario se encuentra un palacio típicamente aragonés, sede de la Biblioteca Municipal. La plaza, mi favorita de toda la ciudad, por encima incluso a la del Torico (aunque para muchos esto sea una aberración), ofrece en su conjunto un aspecto de tranquilidad total. Es un auténtico placer sentarse en uno de sus bancos de hierro forjado y ver pasar a la gente que se dirige al hostel o a la biblioteca.

Cuando me hube instalado en mi habitación y después de darme una relajante ducha, que reanimó mis músculos entumecidos por el largo viaje, decidí salir a tomar un café y dar un paseo por la ciudad. Me asomé a la ventana de mi habitación y me quedé sorprendido por el cambio del tiempo. A mi llegada el cielo estaba totalmente despejado; como dije antes el sol iluminaba el viaducto que conduce a la zona del Ensanche. Ahora sin embargo, el cielo había adquirido esa tonalidad gris que a veces entristece el espíritu

más alegre y lo hace sumirse en un silencio de cementerio. Caía una llovizna tan fina que apenas era perceptible, pero ésta es sin duda la peor forma de lluvia, ya que cuando quieres darte cuenta estás calado hasta los huesos. Me irritó un poco el cambio tan repentino en la atmósfera, y me dije a mí mismo que si ya no podía uno fiarse de un cielo azul y limpio, es que no podía fiarse de nada en el mundo. Pensé, no obstante, que no me dejaría vencer y no renunciaría al paseo aunque cayese el Diluvio Universal. Estaba a punto de retirarme del ventanal, cuando observé a una mujer joven sentada en uno de los bancos de la plaza. Tenía la mirada puesta en el arco que pasa bajo la torre de San Martín, y no parecía molestarle el agua que empezaba a empapar su vestido blanco y de una pieza, que se pegaba al cuerpo como una segunda piel. Daba la impresión, a pesar de su postura, de estar impaciente o ansiosa por algo, ya que no apartaba la vista del Torreón. De pronto, se volvió y alzando los ojos hasta mi ventana se me quedó mirando despacio, sin inmutarse por las gotas que resbalaban por sus párpados. A pesar de la distancia sentí un hormigueo y un escalofrío que me inquietó y me hizo estremecer. Fui incapaz de sostener su mirada durante mucho tiempo y cerrando la ventana volví al interior de mi cuarto, con una sensación tan extraña que me pregunté si no estaría acostado en la cama y soñando.

Bajé al recibidor y me dije que necesitaba ese café para despejarme. Cuando crucé el umbral de la puerta y ya estaba en la calle, me acordé de que no le había preguntado al recepcionista por un buen lugar donde tomarlo. Hice ademán de volver a entrar pero luego pensé que seguramente él me emplazaría a la cafetería del propio hostel y a mí me apetecía andar. Como soy débil de carácter, bastante pusilánime e incapaz de contravenir los consejos de los desconocidos, opté por no preguntarle a él y sí en cambio a la mujer que continuaba sentada en el banco de la plaza, inmune al parecer al efecto de la lluvia.

Ella no me vio acercarme ya que continuaba con la mirada fija en el arco de la torre, con una inmovilidad de estatua o de difunto en un velatorio. Al parecer tampoco me oyó llegar, ya que se sobresaltó al oír mi voz disculpándose y preguntándole por la cafetería. Cuando se volvió y la vi de cerca pude darme cuenta de que era más joven de lo que me había parecido en un principio, y también muy hermosa. Su rostro reflejaba un sufrimiento contenido, tensando sus facciones y provocando en mí una intensa desazón. Ella no contestó a mi pregunta y se limitó a mirarme tristemente, con una pena tan antigua como la del Ángel Caído. En silencio comenzó a llorar y vi cómo sus lágrimas se mezclaban con las gotas de lluvia, perdiéndose para siempre. Sus ojos eran géiseres de agua fría (si la contradicción es válida) que hubieran perdido presión para derramar agua de su interior.

Su actitud me preocupó y como soy, como antes he dicho, débil de carácter, estuve a punto de echarme a llorar yo también, quizá por empatía. En lugar de eso le pregunté si se encontraba bien y qué podía hacer por ella. La lluvia empezaba a arreciar, mojándome sin piedad, como celosa de que conversase con aquella desconocida y quisiera espantarme de allí.

La joven suspiró y el sonido que produjo fue como el ruido que hace la última bocanada de aire de un moribundo. Tenía el pelo mojado y se le pegaba a la cara, dándome la impresión de estar confabulando con la lluvia para que yo no contemplase la belleza de su rostro. Pero ella se lo apartaba con una mano y percibía que algunos cabellos negros se quedaban entre sus dedos, como náufragos aferrándose a tablas de salvación y no terminar en la marea del olvido, que es la amnesia que viene y va a su antojo.

-¿Por qué tarda tanto? –me preguntó, y su voz sonaba tan lejana e irreal como las emisiones de una radio de principios de siglo que hubiesen quedado atrapadas en el tiempo.

Yo la miré sin comprender y de nuevo me asaltó la sensación de no

ser yo el que estaba allí, sino alguien que yo observaba desde el sueño profundo de mi habitación.

-¿Por qué tarda tanto hoy? –insistió incorporándose del banco y poniéndose de pie, frente a mí-. ¿Acaso tú lo sabes?

Noté con sorpresa, que el vestido blanco se volvía traslúcido por el efecto del agua y revelaba sus formas desnudas bajo la tela, insinuando algo donde quizá no hubiese nada. Iba descalza y los pies le temblaban al pisar las frías losas del pavimento de la plaza.

Mi natural debilidad de carácter y propensión hacia la cobardía y estrechura de miras, me hicieron preguntarme si no estaría yo ante una loca. Observad que incluso, para alguien que ha conocido los laberintos y vericuetos de esta “enfermedad”, resulta fácil juzgar a quién no conoce, sólo porque la naturaleza de sus actos no se ajusta a los cánones de la normalidad.

¿Y qué es la normalidad, sino la forma disfrazada del aburrimiento y la rutina? ¿Qué es la normalidad sino la forma más ruin de racionalizar al ser humano e impedirle que utilice su imaginación? Hoy soy yo uno más de esa legión de “normales” que pasean por el mundo sin memoria ni ilusión. O al menos, eso dijeron los médicos.

Pero ella no estaba loca, y si lo estaba era de amor, que es la forma de locura más dichosa que yo conozco. Porque cuando oyó su nombre y yo también lo oí, y sonaba tan lejano como si viniera desde las estrellas (¡ISABEL!), ella cambió la expresión de su rostro y lo convirtió en lo más bello que yo he visto bajo el cielo.

En ese momento, dejé de existir para ella. Seguramente no quedó de mí ni el más mísero recuerdo. Se volvió y miró hacia el arco de la torre de San Martín. La vi correr hacia el hombre que allí la esperaba con los brazos abiertos. La vi abrazarlo y besarlo con esa pasión que sólo profesan los que han dejado atrás los asuntos terrenales. Envidié a ese hombre que había

aparecido de la nada para llevarse a una mujer a la que probablemente yo había amado durante unos minutos que ahora me parecían siglos. Y también amé a ese hombre, porque dicen que nada une y separa más a dos hombres que el hecho de haber amado a la misma mujer.

Salió el sol otra vez y con su salida, ellos desaparecieron. Simplemente dejé de verlos, sin más. Con una sensación de vacío en el interior, llorando su pérdida, eché a andar como un sonámbulo por las calles del centro. En la oficina de turismo me recomendaron que viera el panteón donde se encuentran las momias de los Amantes de Teruel, Diego e Isabel. Cuando entré, contemplé sus efigies de piedra y bajo éstas sus cuerpos momificados. Alguien me explicó brevemente sus vidas y cómo se habían suicidado por amor, como Romeo y Julieta o Tristán e Isolda.

Pero aquéllos no eran los Amantes de Teruel, Diego e Isabel. Aquéllo era piedra y polvo, carne incorrupta, restos de algo que alguna vez existió. Yo los vi y os aseguro que no eran ellos. En el panteón sólo había silencio y frío. Ellos habían traspasado el velo que divide la vida y la muerte y su amor permanecía.

Y si éso es así, si en verdad el amor permanece en algún lugar ultra terreno, amigos míos, yo me quiero morir. Porque hay alguien esperándome al otro lado y a mí nunca me ha gustado que me tengan que esperar.

morirás

**“En el éxtasis de mi enorme humillación,
vivo en tu cálida vida, y tú morirás...**

dulcemente... en mi vida”.

(Joseph Sheridan Le Fanu, *Carmilla*)

LORELEI

De más allá de la sombra aparezco para amanecer en tus sueños más oscuros. De la lejanía olvidada del tiempo regreso para atormentarte sin piedad. De la dulce tierra del cementerio me levanto para poseerte. Del mito me transformo a la realidad para alimentarme de los caudales cálidos que circulan por tu yugular. De tus más ocultos deseos arribo para dejarte a merced de mi hechizo. De rincones tan tenebrosos que hasta los ángeles temen, vuelvo para reclamar lo que me pertenece. Del lugar sin Dios he venido para tomarte y sin reservas me aceptarás. De lugares tan extraños provengo, que el aire está siempre gélido y las puestas de sol son eternas. Allí donde el tiempo discurre con lentitud y los pensamientos se mezclan con las flores podridas que tapizan la tierra que antaño fue regada con sangre. De la decrepita maldición que me acosa huyo para que me muestres pleitesía y dejes que me sacie con tus fluidos vitales. De la jaula de huesos he escapado de nuevo y vuelvo a sentir la libertad del lobo y el halcón, y el viento frío que precede al amanecer me acaricia y me saluda y lleva a mis fosas nasales tu olor, un olor en el que capto tu miedo.

No intentes escapar. No lo conseguirías jamás. Acepta tu destino, ligado al mío indisolublemente y enorgullécete de ser uno de los elegidos. Otros como tú han perecido en su lucha con mis hermanos. Otros como tú creyeron en su necedad, que se puede combatir contra nosotros y alzarse victoriosos. Tan patéticos como un niño sacando agua del mar en su afán por vaciarlo y ver el fondo, donde los cadáveres se amontonan esperando el día que el Sol crezca y seque la Tierra para siempre. Tan ignorantes que pensaron en su ingenuidad que acabarían con nosotros con la ayuda de un dios invisible, en el que no creen si no es para su propio beneficio. Pensaron que con sus símbolos y oraciones, con sus cruces y su agua bendecida nos harían desaparecer. Pero no lo consiguieron. Siempre estuvimos y siempre estaremos. Vuestro Dios no os ayudó más de lo que ayuda a las montañas o a los árboles. Estáis perdidos en un laberinto que nunca se acaba; sin salida, por mucho que busquéis entre las sombras. ¡Yo sí soy una Diosa tangible! ¡Ámame y no me rechaces porque en mí alimentas tus más bajos instintos! ¡Sométete a mi yugo porque esa es tu función! Yo te amparo y si tú quieres, si tú me lo pides, si pides clemencia y no me repudias, te apartaré del peligro de tus semejantes y no te dejaré morir en la oscuridad. Y si permaneces fiel a mí durante tu vida terrenal, quizá algún día puedas ser como yo. Un viajero de la eternidad.

No te escondas. Pronto te encontraré y entonces me desearás. Entonces comprenderás la necedad de intentar escapar de mí. El dulce olor de tu sangre me llega cada vez más nítido. Me enerva y hace que mi sed se vuelva insoportable. Te cogeré. Y cuando lo haga sentirás cómo el tiempo se detiene y todo tu cuerpo tiembla. Iré directa al manjar que me aguarda dentro de tus venas. Tu corazón comenzará a latir desaforadamente y lo oirás tan fuerte que creerás que te van a estallar los tímpanos. Creerás morir de placer cuando sientas que tu vida va pasando a la mía a través de mis colmillos, que hieren tu carne con la delicadeza de un amante. Notarás cómo mi lengua paladea la

ambrosía que me ofreces y con los ojos cerrados renegarás de tu dios. Olvidarás el sacrificio en la cruz que hace tiempo hizo por los hombres. Y sólo creerás en mí y en lo que te estoy quitando, el alimento líquido que al pasar por mi garganta, aplaca mi ansia y me da la paz y el sosiego.

Me amarás como otros han hecho antes que tú. Me adorarás y aguardarás con impaciencia la llegada de la madrugada y con ella la mía propia. Contarás los minutos y las horas durante el día, deseando que el sol se esconda tras la línea del horizonte. Mentalmente lo apremiarás, querrás que se apresure en su viaje en el cielo. Y cada noche volveré, porque tú querrás que vuelva, ya que así son las reglas del juego. ¿Dudas de lo que te digo? Es tan cierto lo que te cuento como el miedo que ahora mismo paraliza tu cuerpo. Estoy cerca, muy cerca de ti, y las esperanzas (vanas) que aún albergabas respecto a que pasaría de largo y sin detenerme, empiezan a desvanecerse en tu cabeza como los fantasmas de guerreros muertos en el fragor de la batalla. Sabes que pronto te encontraré; es una certeza que se fija en tu mente como una sanguijuela en el paladar.

¿Dónde te escondes? Estás muy cerca de mí y sin embargo no puedo verte. Te oigo y te huelo, casi te toco, pero no te veo. No me hagas enfadar, por favor. No creas ni por un momento que desistiré. No pienses que me dejaré engañar. Huelo tu miedo, huelo tu excitación, huelo tus huesos, huelo tu carne estremeciéndose bajo la piel que la cubre. Siento tu frío, tu soledad. Tarde o temprano serás de mi propiedad. ¿Por qué no te muestras? Será mucho mejor para tus nervios. El miedo hace que tu sangre se contamine de adrenalina y yo prefiero la sangre mansa y reposada, con todo el sabor de tu alma impregnado en ella. Debes saber que cuanto más me hagas esperar, mayor será mi sed y por tanto más fuerte será mi mordisco. Mis colmillos se afilan cada vez más y la abstinencia les hace lacerar la carne con más saña. Se clavarán sin piedad en tu cuello y sentirás cómo tus venas estallan en mi boca. Notarás cómo tu

líquido rojo, cargado de vitalidad (pues la sangre es la vida), inunda mi garganta y tiñe mis dientes, mancillándolos. Y yo tragaré, tragaré de tu manantial hasta que me quede ahíta o embriagada con la dulzura que me lleva alimentando desde que tengo memoria.

Renunciarás a la lucha y tus pensamientos se volverán lascivos. Tus glándulas producirán a una velocidad de vértigo. Te sentirás culpable porque me desearás, con ese estúpido anhelo que mostráis los mortales por las apetencias físicas. ¿Me negarás que ya empiezas a desearme? ¿Me negarás que ya empiezas a flaquear en tu obstinación por ocultarte?

En breve comparecerás a mi presencia y me verás como lo que soy: tu maestra y tu señora. Y me saludarás arrodillado y humillado y dirás con voz temblorosa aún: “Bienvenida, Princesa del Infierno. Tómame y déjame morar en tu oscuridad. Sírvete de mis fluidos para prolongar tu existencia y llévame a la tierra del olvido, entre árboles de oro y tumbas de coral”.

Caerás derrumbado en el suelo y sabrás que ha llegado tu hora. Me contemplarás en todo mi esplendor y sabrás que ya siempre estarás encadenado a mí. Siempre anhelarás el rumor de mi risa, me buscarás con desesperación y sentirás que mueres si no estoy junto a ti. Yo te ayudaré a levantarte y te contestaré: “Siervo, guarda este secreto que te regalo para adorarme siempre. Porque quien no guarda un secreto nunca podrá aspirar a compartir mi veneno. Muéstrame tu cuello y déjame beber de él. Déjame amamantarme y respeta mi indefensión ya que en ese momento estaré a tu merced. Si me traicionas en el instante sublime y pretendes engañarme, te maldeciré con tanta vileza que tu sangre se convertirá en agua y tu carne y tus huesos en piedra. Amor y muerte se fundirán en uno solo y en el último instante de lucidez que tu cerebro conserve, te preguntarás por qué no te dejaste poseer por mí y así conservar para siempre tu consciencia. La certeza de que existes y lo haces gracias a mí, lacayo”.

Persistes en tu intención de no dar la cara, por lo que veo. Quizá tu esperanza se ampara en la creencia de que cuando amanezca, me marcharé. De que el sol es mi adversario y lo temo. ¡Necio! A través de los siglos he aprendido a convivir con mis enemigos, como todos los de mi especie. Hoy la luz del astro no me afecta más de lo que a cualquier mortal con la piel demasiado pálida. Si bien es cierto que me causa alguna molestia y que no me agrada demasiado que sus rayos se posen en mi rostro, te aseguro que su calor no me matará. Y si tu retraso en aparecer ante mí, me hace soportar su luz durante algún tiempo, créeme si te digo que en ese caso no dejaré ni una sola gota de sangre corriendo por tus venas, y todos los privilegios que puedo darte si vienes a mí, te serán negados. Entonces lamentarás el sólo hecho de existir y tus tormentos serán tan duros que desearás bajar a los infiernos por toda la eternidad. ¿Hasta cuándo piensas oponerte a mi voluntad? ¿No ves que luchas en una batalla perdida de antemano? ¿No ves que tu corazón ya está apresado en mi alma? ¿No ves que ya estás anhelando mi mordisco? ¿No ves que ya me estás *amando*? ¿No ves que tu oposición es tan frágil que pronto la aplastaré, como ahora mismo estoy aplastando la escarcha bajo mis pies?

¡Por fin te dejas ver! Así que estabas aquí... en la casa de tu Padre. Me encantan las iglesias, son tan bonitas, tan antiguas... pero no creas que este edificio te protegerá de mí. Ni siquiera este templo dedicado a tu Dios sostendrá los pilares de tu fe. Al final sucumbirás. Y verás encenderse sobre ti la luz del fin del mundo. Estás rodeado de objetos inútiles. Ese crucifijo no tiene ningún poder, ya te lo dije antes. La verdad es que los mortales tenéis un problema: no escucháis. Puedes tirar esos ajos. No me afectan más de lo que puedan hacer las margaritas o las rosas. El puñal de plata tampoco me matará. Puedes clavármelo cuantas veces quieras. Aparta esa agua bendita de mí. No me gusta, me quema. Pero si insistes te mostraré que a pesar de todo tampoco acabará conmigo. Me la beberé y mi rostro se congestionará un poco. Después

volveré a ser la misma de antes: bella e inmortal.

Mírame. Mírame a los ojos. No puedes desviar tu atención de mi mirada. Mírame. Soy tu reflejo. Siento cómo tu voluntad se quebranta. Quieres que te muerda. Las venas de tu cuello comienzan a marcarse, como si dispusieran de conciencia propia. Se preparan para el instante final, para el sacrificio supremo. Se tensan deseando entregarse a mí. Puedo leer en tu mente. Estás perdido. Te sientes como un marino a la deriva en un mar cruel. Sabes que no puedes luchar y tan sólo te queda entregarte a mí. A mis deseos, a mis designios. Algún día me lo agradecerás. Algún día bendecirás el día que te encontré. Algún día seremos iguales, seremos hermanos. Pero mientras ese día llega tú eres mi siervo. Déjame alimentarme de ti, déjame saciar mi hambre y mi sed. Déjame sumergirme en mi razón de ser. Te transportaré lejos de aquí, a lugares que ni siquiera sospechas que existen. Cuando mis dientes hieran tu piel, suavemente y con dulzura, perderás la memoria y sentirás que flotas. Te perderás dentro de un sueño y nunca querrás despertar. Cuando succione tu sangre, experimentarás el éxtasis de mil orgasmos y tu mente y alma saldrán de tu cuerpo para vagar por el espacio. Cuando por fin me haya saciado en ti y deposite un beso en tu herida, ésta se cerrará, amortajándola. Me amarás tanto que sentirás cómo tu corazón se rompe en mil pedazos. Y esto no será más que el principio de un sendero que recorreremos los dos, a veces juntos y a veces en solitario. Y cuando lleguemos al final del sendero, serás como yo. Entonces saldremos los dos juntos a cazar al anochecer.

Y ahora ven a mí por tu propia voluntad. No me lo hagas decir dos veces.

“Y dijo Dios a Satán: ¿De dónde vienes?

**Y Satán respondió a Dios: De dar una vuelta
por la Tierra y pasearme por ella”.**

Job, 1.7.

EL HOMBRE DE

GRIS

La primera vez que vi al Hombre sin Sombra fue hace sesenta años y era el día de mi primera comunión. La última, hace una semana en una céntrica plaza de mi ciudad. En el período que comprende desde los dieciocho a los cuarenta y cinco años, pude verlo al menos una docena de veces. Pero fue a partir de los cincuenta cuando comencé a avistarlo con más asiduidad, un par de veces al año, incluso tres. Con el tiempo he logrado acostumbrarme a su presencia y ya no me causa el miedo que me producía antaño, cuando me observaba casi siempre desde lejos, y su rostro carente de expresión se clavaba en el mío, intentando descifrar mis sentimientos. No he logrado averiguar quién es ni qué es lo que pretende respecto a mí. Siempre se ha limitado a mirarme en la distancia, aunque hubo ocasiones en las que se acercó lo suficiente como para que yo distinguiese su cara pálida y sus ojos negros, y para que fuese plenamente consciente de que su cuerpo no proyectaba sombra en el suelo o la pared. Durante todos estos años en los que yo he ido envejeciendo, su aspecto no ha cambiado y sigue vistiendo el mismo traje de color gris y un anticuado sombrero, con el que a veces, cuando inclina

la cabeza, suele ocultar sus facciones. Cuando esto ocurre, siempre tengo la impresión de que en realidad esconde una sonrisa que no tiene nada de alegre.

Durante todo este tiempo a menudo me he preguntado por qué sólo lo observo yo y nadie de mi familia o amigos parece dar muestras de verlo. En lo que a ellos respecta, tal personaje no existe. Nunca he hablado del tema con nadie, por miedo a que me tomen por loco. Y quizá realmente lo estoy. Pero, ¿qué es verdaderamente la locura sino un estado de hiperlucidez? ¿Quién me puede asegurar a mí que lo que yo veo no existe, sino en mi mente? Es posible que, por decirlo de un modo simplista, haya personas que tenemos una ventana abierta por la que a veces se cuelan cosas que no sé si queremos ver. ¿Acaso he estado loco desde mi infancia hasta hoy mismo? Yo creo que no, pero no sé si lograré convencerlos, porque lo que os voy a contar no obrará mucho en mi favor. Y, ¿quién sabe?, es posible que también os provoque algún escalofrío, porque como dijo un genio con mucha razón, el dolor es diverso y la desdicha multiforme.

Como he dicho, la primera vez que lo vi fue en el día de mi Primera Comunión. Han pasado seis décadas y lo recuerdo como si me hubiera sucedido ayer. Fue un día luminoso y lo evoco con mucha nostalgia, la melancolía que los viejos profesamos a la niñez. Apenas tenía ocho años y era el día más importante de mi corta vida. La ceremonia fue un acto sencillo, celebrado en la iglesia del barrio donde me crié. Todos los niños que participábamos estábamos sentados en los bancos principales del templo, cerca del altar y nuestras respectivas familias lo hacían en los restantes. La iglesia estaba llena a reventar y no cabía un alfiler. Por fin llegó el momento crucial y mis compañeros y yo, nos acercamos en fila a comulgar por primera vez el Cuerpo de Cristo. Yo era el último y esperé pacientemente mi turno, mientras echaba un vistazo atrás y veía a mis padres sonriéndome. El sacerdote puso en mis manos la Hostia Consagrada y la introduje en la boca,

notando como se deshacía en mi lengua. Y fue justo en ese momento, cuando el cura ya se volvía hacia el altar y yo me disponía a regresar a mi sitio, cuando lo vi.

Estaba a un par de metros de mí, entre las dos filas de bancos, de pie y mirándome. Me pareció tan extraño que me quedé allí, inmóvil, a la vista de todo el mundo. Vestía un traje gris, arrugado y viejo, y sombrero. Su rostro daba la impresión de estar tallado en piedra, como las estatuas de la iglesia. Lo que me extrañó sobremanera fue el hecho de que nadie parecía verlo, excepto yo. Estaba justo delante de mí y me impedía el paso. Su mirada se clavaba en la mía, pero yo era incapaz de descifrar qué pretendía ya que sus ojos estaban muertos y parecían mirar más allá de donde yo me encontraba.

Todos los feligreses me miraban con asombro, preguntándose unos a otros qué hacía yo ahí parado, sin regresar a mi banco. Miré a mis padres y me di cuenta de que me hacían señas para que me moviese, pero yo a mi vez también se las hacía a ellos, indicándoles que me era imposible pasar con aquel señor de gris cerrándome el paso. Mis propios compañeros y el cura empezaron a decirme que me sentase de una vez para continuar la ceremonia. Yo empecé a asustarme porque me daba cuenta de que estaba pasando algo fuera de lo común; incluso a aquella edad era consciente de ello.

El cura volvió a decirme que me quitase de en medio, en esta ocasión con el timbre de voz más alto y enfadado. Yo me volví hacia él y estaba a punto de contestarle que me era imposible pasar hacia mi banco, cuando me percaté por el rabillo del ojo que el personaje en cuestión había desaparecido, dejándome el paso expedito. Sin pensarlo ni un segundo me dirigí junto a mis compañeros con el paso ligero, casi corriendo, y con el rostro congestionado a causa de la vergüenza. Ellos me miraron intrigados y comenzaron a hacerme preguntas en voz baja, pero el sacerdote pidió silencio y continuó con la misa.

Pasé los últimos minutos preguntándome qué diablos me había

sucedido y me fue imposible prestar atención al resto de la celebración. Cuando ésta terminó y salimos a la calle, que nos recibió con el luminoso sol de mayo, mis padres se me acercaron y me asediaron a preguntas, queriendo saber los motivos que habían impulsado mi extraño comportamiento. Alegué alguna excusa relacionada con el calor y el cansancio, y les dije que no me había encontrado bien durante unos cuantos segundos. La explicación no les dejó demasiado satisfechos y lo que es peor, mostraron su preocupación afirmando que lo mejor sería que me viese un médico.

En esta conversación estábamos, cuando unos familiares vinieron a saludarnos y mis padres se enfrascaron con ellos en un diálogo que no viene a cuento en el hilo de la historia. Baste decir que esto me permitió zafarme durante un rato de ellos y poder respirar algo del aire limpio que por entonces llenaba la ciudad. Un aire con olor a rosales en flor y árboles frutales.

Me aparté un poco de ellos y me distraje observando los distintos grupos de gente que se agolpaban en la puerta de la iglesia, charlando y felicitando a mis compañeros. Entonces, apoyado contra la fachada del edificio, volví a ver al hombre de gris, y esta vez, a pesar del calor del mediodía, me eché a temblar inmediatamente. Estaba a unos metros de mí, con el sombrero inclinado de tal forma que no podía verle la cara. Se apoyaba con un pie en la piedra, indolente, como si estuviese allí por casualidad. Pero yo supe que no estaba de forma casual y que él sabía que lo estaba mirando aterrorizado.

De pronto me di cuenta de algo que no había apreciado a simple vista: aquel desconocido no proyectaba sombra. El sol de mediodía que caía a plomo aquella mañana de mayo, no producía en él nada en absoluto. El descubrimiento me produjo tal impresión que estuve a punto de caer al suelo. Sentí un estremecimiento de pies a cabeza al pensar que nada de todo aquello era normal, y que por alguna extraña razón nadie reparaba en aquél diabólico

personaje.

El Hombre sin Sombra debió intuir mi estado de ánimo porque para terminar de agravar la situación, se quitó el sombrero y se pasó una mano por el pelo, negro como un tumor, haciendo el gesto típico de un hombre que se seca el sudor. Pero yo sabía que no era un hombre normal y él me ayudó a corroborarlo mirándome a los ojos y sonriendo de aquella forma tan sucia, que me hizo sentir náuseas y vértigo.

Cuando se cansó de mirarme, volvió a calarse el sombrero y echó a andar calle abajo, no sin antes volverse para echar un último vistazo que me pareció más terrible aún que los anteriores. Andaba despacio, con las manos en los bolsillos del traje y de vez en cuando se paraba para mirar a alguien que se cruzaba con él. Pero nadie parecía advertir su presencia y ello me llenaba de desazón. De improviso, un pequeño perro que estaba sentado en el escalón de una vieja casa, salió en pos de él ladrando sin parar. Lo siguió a una distancia prudencial sin atreverse a acercarse demasiado, pero sin dejar de ladrarle. El hombre no le hacía caso y seguía su camino como si tal cosa, hasta que de repente se paró y se volvió hacia el animal, mirándolo. El perro enmudeció de golpe y empezó a temblar, como dándose cuenta de que había hecho mal. Se quedó inmóvil y esperó a que el Hombre sin Sombra se acercase a él.

Yo era testigo de lo que sucedía envuelto en un aire de irrealidad que me impedía pronunciar palabra o moverme para ir con mis padres. Sólo podía permanecer allí quieto, mientras a mi alrededor todo el mundo charlaba y reía. El hecho de que el perro sí pudiese verlo me había alegrado, porque de algún modo venía a confirmar que aquel hombre no era producto de mi imaginación. Pero pronto pude comprobar de qué poco me serviría tal esperanza.

El hombre se agachó hasta quedar casi a la altura del animal y apoyó sus manos en la cabeza del perro. Éste comenzó a temblar mucho más fuerte y

se orinó, de puro terror, como esperando una sentencia que no tardaría en llegar. El hombre apoyó sus pulgares en los ojos del pobre perro y apretó sin piedad, con una determinación que me horrorizó. El animal empezó a aullar de dolor y se echó hacia atrás intentando escapar, pero las manos que seguían sujetando su cabeza y apretando como tenazas, se lo impidieron. Por los huecos de sus ojos salieron dos chorros de líquido, que más tarde se convirtieron en surtidores de sangre en toda regla. Me fijé en la expresión del personaje y pude ver que era la misma de siempre: una sonrisa desdeñosa, como si en vez de estar matando a un perro estuviese jugando al póker.

Yo estaba aterrorizado, no ya tanto por el hecho que estaba presenciando (que también), sino por tener la certeza absoluta de que yo era el único capaz de ver lo que acontecía. Miré a mis padres y a los demás y me di cuenta de que nadie se percataba de lo que sucedía, ya fuera por causas desconocidas o porque simplemente no podían.

El perro cayó sobre el asfalto desangrándose y el hombre de gris se levantó, limpiándose las manos con un pañuelo que sacó de uno de sus bolsillos. Después continuó caminando sin prisas hasta que se perdió en un recodo de la calle. Cuando estuve completamente seguro de que había desaparecido, me acerqué al animal y vi que todavía no había muerto. Estaba tumbado de costado y por las cuencas de sus ojos no cesaba de manar sangre, con una abundancia que me sobrecogió. Yo no había visto tanta cantidad nunca. Me agaché y empecé a acariciarlo mientras trataba de consolarlo diciéndole palabras cariñosas. Al principio tembló de miedo, quizá creyendo que yo era su verdugo, pero luego se puso a aullar en voz muy bajita, como lamentándose de su mala suerte. Yo lloraba en silencio, los lagrimones me mojaban el traje de la Primera Comunión, rezando y pidiéndole a Dios que se llevara al animal al paraíso de los perros, si es que existía.

Como si hubiese oído mis plegarias, el perro dejó de temblar bajo mi

mano y poco a poco empecé a notar la rigidez post mortem. Aún así seguí acariciándolo un rato más, hasta que llegaron mis padres y me encontraron llorando encima del cadáver del perro. Me preguntaron qué le había pasado y yo les respondí:

-Ha sido el hombre de gris, el Hombre sin Sombra. ¿Lo habéis visto? Estaba en la iglesia...

Ellos cruzaron una mirada de preocupación y volvieron a comentar la conveniencia de visitar al médico. Nos fuimos a casa y nunca más volví a referir nada al respecto. Cuando cumplí los dieciocho años y lo vi de nuevo, me dije a mí mismo que era mejor no decir nada a nadie. Al fin y al cabo, para la gente normal es muy fácil caer en la tentación de tacharte de loco.

Habían pasado diez años desde estos acontecimientos y yo casi me había olvidado del suceso que acabo de relatar, cuando volvió a sucederme otro hecho que me sorprendió todavía más. Fue en mi primer día en la Universidad. Nos reunieron a todos los alumnos novatos de mi Facultad en un aula inmensa, dispuesta para tal fin. El Decano nos dio un discurso de bienvenida en la esperanza, dijo, de que nuestra estancia allí en los próximos años fuese del máximo provecho para nuestra formación. Yo estaba sentado en una de las primeras filas, atento a las palabras de nuestro locutor, intentando imaginarme cómo sería mi futuro interno en aquella Universidad y qué vivencias me aguardaban por experimentar.

Giré la vista hacia la derecha y me llevé un susto de muerte. Porque **él** estaba allí, a sólo tres asientos de donde yo me encontraba. Al instante me vinieron a la memoria las escenas vividas diez años atrás. Vestía exactamente igual, con su traje gris, arrugado y viejo. También llevaba el mismo sombrero. Estaba sentado mirando atentamente hacia delante, muy atento a la explicación

del Decano, pero cuando se dio cuenta de que lo había visto, se volvió hacia mí y me miró fijamente a los ojos. Pude percibir su frialdad, su carencia absoluta de los sentimientos más básicos. Era como una estatua que hubiese cobrado vida, impávida y carente de expresión. Su presencia me llenó de un temor que creía extinguido desde que había salido de la infancia. Mi mente volvió una y otra vez a lo ocurrido aquel día, torturándome y provocando que mis nervios se tensasen como el hilo de una caña de pescar cuyo anzuelo ha mordido un pez demasiado grande.

De pronto, dejó de mirarme y se levantó. Salió de la fila y se dirigió al pasillo, marchando directamente hacia el estrado donde se encontraba nuestro Decano pronunciando su discurso. Subió las escaleras con rapidez y en un momento estuvo a su lado. Entonces se acercó aún más a él y le puso la mano derecha en su hombro, casi como un gesto de amistad o familiaridad, como si fueran colegas.

Lo desconcertante para mí, igual que en la anterior ocasión, era que nadie parecía darse cuenta de su presencia. A nadie parecía extrañar que un hombre vestido de gris, que estaba allí tan fuera de lugar como un barco en un desierto, estuviese de pie junto al Decano en una actitud amistosa. El propio director no se daba cuenta en absoluto de que hubiese alguien junto a él, y continuaba con su perorata sobre la enseñanza y la educación. Todo esto me asustó más allá de lo imaginable, ya que comprendí que la historia se repetía y solamente yo podía ser testigo de lo que iba a suceder, ya que si de algo estaba seguro era de que iba a presenciar algún hecho desagradable.

Entonces el hombre de gris volvió a fijar su mirada en la mía y me pareció que disentía su boca en una levísima sonrisa de desprecio. Sus ojos se clavaron en mí y me formularon una advertencia muda. Un aviso de que permaneciese quieto y en mi sitio y no interfiriese en lo que estaba a punto de suceder. Huelga decir que obedecí esa orden silenciosa sin osar siquiera

mover un músculo del rostro, tal era mi miedo.

Y lo que tenía que ocurrir, ocurrió. De pronto, el Decano comenzó a sudar copiosamente y a temblarle la voz. Se veía a las claras que empezaba a sentirse indispuerto. Bebió un poco de agua e intentó calmarse, pero su aspecto no mejoró, sino al contrario. Sus manos temblaban de forma ostensible y un rictus de dolor, de intenso sufrimiento, se formó en su rostro. Dejó de leer y con su mano derecha comenzó a sujetarse el brazo izquierdo. Mientras, el Hombre sin Sombra no dejaba de sujetarlo por el hombro, mas nadie podía verlo como lo veía yo.

El pobre tipo se echó mano al pecho y pidió auxilio. Algunas personas se levantaron de los primeros asientos y fueron a socorrerlo al darse cuenta de que estaba sufriendo un ataque al corazón. Yo no me moví de mi asiento, totalmente paralizado por el miedo que ejercía en mí aquel funesto personaje, que era sin duda el causante del infarto del viejo profesor.

En unos cuantos segundos, estaba muerto. Se formó un alboroto de mil demonios, se avisó al médico de inmediato, pero nada pudo hacerse por él. Y mientras tanto, el hombre de gris, invisible a los ojos de todo el mundo menos a los míos, se incorporaba para después marcharse hacia el fondo de la sala, buscando la salida. Mientras lo hacía no dejaba de mirarme, disfrutando al parecer con la expresión que mi rostro reflejaba: el más absoluto asombro.

He seguido viendo a este espectro durante toda mi vida. Volví a verlo el día de mi boda y su sola presencia en el banquete bastó para amargarme el día. En la noche de bodas, lo vi rondando cerca del hotel donde nos hospedábamos mi esposa y yo. Según parece, ella quedó embarazada ese día. Al cabo de los cinco meses abortó y perdió la criatura. Nunca más volvimos a tener hijos.

También ha asistido como un invitado más a los funerales de mis familiares y amigos. Siempre ha estado allí, como una presencia nefasta y

desquiciada. Y su vestimenta siempre es la misma, su eterno traje gris y arrugado y su viejo sombrero.

¿Quién es este ser que me atormenta desde que tengo uso de razón? ¿Qué demonio es éste que encuentra placer en regodearse en mis desgracias? ¿Alguien puede decírmelo? Me encuentro muy asustado porque en mi último avistamiento con él me ha ocurrido algo que me ha llevado a escribir este relato. Lo contaré.

Hace una semana, como dije al principio, me encontraba sentado en un banco en una plaza cercana a mi domicilio. Era domingo y ese día me gusta comprar el periódico y leerlo tranquilamente al aire libre. De pronto sentí el escalofrío que ya me es familiar, cuando el Hombre sin Sombra aparece cerca de mí. Estaba sentado a mi lado en aquel banco de madera y había aparecido de la nada, como siempre. Se inclinó sobre mi periódico y percibí su aliento nauseabundo, como el olor a pescado podrido. Con un dedo reseco como un sarmiento y moteado de manchas semejantes a pequeños tumores, señaló la fecha de edición del periódico que yo tenía en mis manos. Su uña renegrida a causa de la mugre, se detuvo junto a la cifra: ocho de junio. Me quedé de piedra, eché un vistazo a mi reloj y pude confirmar lo que ya sospechaba. Mi esfera marcaba el día uno de ese mes. Entonces, ¿cómo era posible que hubiese comprado el ejemplar de dentro de una semana?

El hombre de gris me sonrió y su aliento esta vez estuvo a punto de hacerme vomitar. Su mano movió varias páginas y llegó a la sección de esquelas, allí donde los muertos tienen nombres y apellidos y viajan deprisa. Mi sorpresa fue monumental. Mi nombre estaba escrito allí. Y el hecho de verlo hizo que me temblaran las manos y se me cayese el periódico al suelo. Mi extraño acompañante se levantó, me miró por última vez y se marchó ajustándose el sombrero y alisándose el pantalón del traje gris. Como siempre, su cuerpo no proyectaba sombra en el suelo.

Volví a mi casa y he permanecido esta última semana encerrado en ella y con miedo a salir a la calle, por temor a volver a encontrármelo. Hoy es ocho de junio y estoy aterrorizado. Creo que hoy puedo morir, creo que hoy puedo morir, creo que hoy voy a mo...

“Ningún organismo vivo puede prolongar su existencia durante mucho tiempo en condiciones de realidad absoluta, sin perder el juicio”.

The haunting of Hill House, Shirley Jackson.

LA MIRADA DE LOS
DESESPERADOS

Cuando camino por la calle suelo fijarme en las personas con las que me cruzo. Me gusta mirar a la gente, sea hombre o mujer y también me da igual la edad que tengan. Me gusta mirarlos a los ojos. Creo que cada persona esconde una historia en su mirada. Los ojos son la clave; en ellos se reflejan los sentimientos de todos aquellos que tienen el valor de cruzar su mirada durante un segundo con la mía. En ese chispazo, en ese momento mágico, sus pensamientos entran en mi cabeza y logro comprender y asimilar su historia.

Hay arquetipos. Por ejemplo: se cruza una pareja joven conmigo mientras paseo por el parque. Uno de ellos me mira a los ojos al pasar y al instante veo que está enamorado de la otra persona y que su deseo es vivir juntos para siempre, aunque sea una utopía. Su mirada es inocente y limpia, sin rastro de maldad y con esa ilusión que da el sentirse amado y correspondido.

Otro ejemplo. Un hombre mayor pasa cerca de mí. Posa sus ojos acuosos en los míos y puedo sentir su envidia. Puedo percibir su deseo de ser joven otra vez y su desprecio hacia mí porque creo que siempre tendré un cuerpo joven y sano. Sus ojos muestran el ánimo de alguien que está de vuelta de todo y ha visto todas las miserias humanas. De alguien a quien ya no se le puede sorprender de ninguna forma porque ya no tiene esa capacidad y espera la muerte. Mira las esquelas en los periódicos con avidez, siempre esperando encontrar la de algún conocido y poder enorgullecerse de haberle sobrevivido.

Apunta en una pequeña libreta que lleva en el bolsillo interior de la chaqueta los nombres de los amigos que aún quedan con vida y tachándolos cuando mueren. Aunque sabe que alguno de esos amigos puede anticipársele y tacharlo a él de su propia lista.

Otras veces es una mujer de unos cincuenta años. Lleva escrito el sufrimiento en las pupilas y su mirada se detiene aún menos tiempo del habitual. El justo para comprobar por mi indumentaria que no soy un delincuente que le va a robar el bolso. Pero puedo adivinar que su vida es rutinaria. Ha salido de casa para ir al mercado y en su cabeza hay algunas preocupaciones. Su hija ha ido a clase con fiebre y un pequeño resfriado. Su marido está últimamente más despistado de lo habitual y a veces se olvida de las cosas más básicas. Aún no sabe si ese pequeño bulto observado en uno de sus pechos es benigno porque todavía no le han mandado el resultado de las pruebas que se hizo en el hospital. Y también tiene cosas buenas como el dinero que ganó en la lotería, no demasiado pero el suficiente como para no tener problemas económicos a corto plazo.

Me cruzo con un hombre de unos treinta y cinco años, con pinta de ejecutivo. Estamos a punto de tropezar y él murmura un apresurado “disculpe”, mirándome directamente a los ojos. Su mente se abre como una flor y veo que es una persona segura de sí misma y que tiene ambición. Su sueño es ascender en la empresa en la que trabaja, lo más alto posible. Él no se pone límites, cree honestamente que está capacitado para dirigirla y se ve a sí mismo dentro de unos diez años, conduciendo un coche de lujo y teniendo a su cargo un numeroso grupo de personas que quiere como si fueran hijos suyos. Pero tiene una preocupación, algo a lo que no quiere dar importancia pero sabe que algún día tendrá que afrontar. Simplemente carece de amigos porque su trabajo no le deja tiempo libre para relacionarse con los demás. Y a veces, cuando va al cine un domingo por la tarde, que es el único momento de la semana en el que

se permite un paréntesis en su labor, siente cómo la soledad se sienta a su lado a contemplar la película. Y cuando sale del cine y se dirige a casa para cenar, se pregunta durante unos segundos si toda su lucha merecerá la pena.

Los niños son los mejores. Su mirada es limpia, transparente y alegre. Con la ilusión de aprender cosas nuevas a diario. Un día en la vida de un niño puede ser eterno si se divierte. Cuando eres un crío el tiempo se alarga hasta límites insospechados. Los miro a los ojos y una descarga eléctrica recorre las neuronas de mi cerebro porque sus pensamientos tienen una fuerza descomunal. Aún no están contaminados por la frialdad y objetividad de los adultos. Puede que incluso comprenda que su amor es ilimitado e incondicional. A algunos los veo luchar contra la realidad y observo que viven en mundos creados por ellos, allí donde todo es felicidad y los árboles, los pájaros y los perros, son eternos. Un lugar donde no existe el dolor ni el dinero. Otros, los que ya han crecido lo suficiente para empezar a interesarse por el mundo de los adultos, me miran con una curiosidad voraz y en sus cabezas bullen pensamientos mezclados y contradictorios. Por una parte quieren ser como yo, adultos y libres, porque ellos se sienten esclavizados por nosotros. Y por otra quieren seguir siendo niños y aferrarse a sus sueños; una fiesta sin fin.

Todo esto me sucede a diario. Cada día salgo de casa aunque no tenga nada que hacer, sólo por el placer de conocer los pensamientos de las personas. No sé si es un don o una maldición, pero a mí me divierte y me mantiene ocupado. A veces tengo la sensación de ser un privilegiado porque nunca me aburro y cada jornada es distinta de la anterior. Sin embargo, recientemente ha ocurrido algo que ha conseguido intrigarme. Procuraré ponerlo en claro.

El otro día paseaba yo por la principal avenida de la ciudad, sin rumbo fijo y haciendo lo que acabo de explicar con todo aquel que se cruzaba

en mi camino. Al cabo de un rato, al pasar por un bar, decidí entrar dentro y tomarme un café. Me senté en una de las mesas y me puse a leer el periódico mientras lo degustaba. De vez en cuando, alguien pasaba a mi lado y yo interrumpía la lectura, alzaba la vista y hacía coincidir mi mirada con la suya. No siempre funcionaba porque a veces la gente iba pensando en sus cosas y sus ojos se perdían en otras direcciones, pero en muchos casos conseguía ver cosas en las mentes de algunas personas. Y eran mucho más interesantes que las noticias que llenaban las páginas de mi periódico.

De pronto me di cuenta de que en la mesa que había frente a mí, una mujer de unos cuarenta años me miraba fijamente a los ojos. Sostuve su mirada durante unos segundos y luego ella la desvió. Se levantó de la silla, se dirigió a la barra, pagó su café y se marchó, no sin antes echarme un último vistazo, de nuevo a los ojos.

Me quedé estupefacto porque era la primera vez que me pasaba. No había sido capaz de ver nada en las pupilas de aquella mujer. Su mente había permanecido cerrada a cal y canto en las dos ocasiones en que nos habíamos mirado. Me sentí desasosegado y preocupado. No ya sólo porque esto era una novedad para mí, sino porque me había dado cuenta de que ella también había intentado leer en mi mente. Yo había sentido como si algo hubiese querido abrirse paso a través de mi cabeza, una sensación como la que provocan el pinchazo de miles de pequeñas agujas.

Salí del café y el suceso me preocupó tanto que durante el trayecto hasta mi casa no miré a los ojos a nadie más. Me limité a caminar con la mente ocupada en descifrar qué me había sucedido. Cuando me acosté estuve dándole vueltas al asunto y tardé varias horas en dormirme. Esa noche tuve una pesadilla. Soñé que perdía mi capacidad de ver en la mente del prójimo y en cambio todos ellos me miraban, *y ellos sí que leían todo lo que pasaba por mi cabeza*. Sus miradas me traspasaban y sentía un dolor profundo que me

volvía loco. Desperté con la sensación de no haber descansado y de muy mal humor.

Esa misma mañana volví a la cafetería. Por el camino había vuelto a ejercitar mis ojos, comprobando horrorizado que había más personas en la calle cuya mente yo era incapaz de leer. Por el contrario, seguía viendo los casos típicos y eso me tranquilizaba, al menos por un rato. El tiempo justo hasta que volvía a encontrar a alguien inmune a mi capacidad, que sólo me mostraba la nada más absoluta.

Pedí un café con leche y volví a sentarme en la mesa del día anterior. Repetí el ritual y leí el periódico sin interés. La mujer estaba allí, sentada de nuevo frente a mí. Otra vez tuvimos el enfrentamiento visual y en este caso sostuvimos nuestras miradas durante más de un minuto. Los dos intentábamos entrar en el pensamiento del otro, pero era imposible. En esta ocasión fui yo quien aparté mis ojos de ella, totalmente fatigado por el esfuerzo. Supuse que también ella estaría cansada y que se preguntaría lo mismo que yo: ¿qué me está pasando?

Me levanté a toda prisa y salí del bar con la sensación de estar perdiendo toda la seguridad y confianza en mí mismo que alguna vez había tenido. Me dirigí al parque y dejándome caer en un banco, me puse a reflexionar sobre mi situación. Estaba claro que las cosas no eran como antes y que algo había ocurrido, alterando la rutina de mi vida. Me sentí muy asustado y el hecho de no comprender lo que ocurría me deprimía.

Durante el resto de la mañana continué en el banco de aquel parque divagando y tratando de cruzar la mirada con la de las personas que por allí pasaban. De las pocas que conseguí, al menos la mitad se mostraron tan impenetrables como la mujer del café.

A la mañana siguiente volví a desayunar en el mismo sitio y otra vez se repitió el enfrentamiento con la mujer de la mesa de enfrente. En este caso

nos miramos a los ojos durante más de cinco minutos seguidos. Era una lucha de supremacía ya que ninguno de los dos quería ser el primero en apartar la mirada. Yo notaba en sus ojos el cansancio que producía mi intenso escrutinio y supongo que ella veía lo mismo en mí. De cualquier forma nos las arreglamos para apartar la vista los dos a la vez y conseguimos dejar en tablas la partida.

Nuestros extraños encuentros se convirtieron en una costumbre y cada día nos veíamos en el mismo sitio y practicábamos el mismo ritual añadiendo elementos nuevos. A veces interrumpíamos nuestros duelos durante unos minutos sólo para continuar al rato con energías renovadas. Luego nos marchábamos del bar, cada uno por su lado y sin haber cruzado una palabra. Nos íbamos agotados, ya que nuestro cruce de miradas era cada día más intenso y largo.

Lo peor de todo era que continuaba perdiendo facultadas y cada día era menor el número de personas afectadas por mi don. Esto me provocaba una fuerte depresión y cada noche dormía peor pensando cómo mi vida cambiaba sin poder hacer nada por evitarlo.

Mientras tanto mis visitas a la cafetería seguían sin novedad y eran tan previsibles como de costumbre. Mi compañera y yo nos enzarzábamos en nuestra lucha, cada vez con mayor desgaste y luego nos marchábamos. Hasta que cierto día, ella se acercó a mi mesa y entablamos una conversación. Al principio hablamos de cosas triviales para romper el hielo, pero después conseguimos el ambiente perfecto para sincerarnos respecto a nuestra extraña habilidad. Estuvimos un buen rato hablando acerca del tema y ambos coincidimos en afirmar que cada vez nos era más difícil a los dos el poder entrar en la cabeza de las personas mirándolas a los ojos. Ella me confesó que últimamente sus fracasos eran mayores que sus éxitos y que no entendía la metamorfosis que estaba sufriendo. Yo le conté mis casos y estuve de acuerdo

con ella en que debíamos averiguar qué nos sucedía para intentar recuperar nuestras aptitudes.

Después de ese día no volví a verla durante una semana. Yo iba a diario a desayunar pero su mesa siempre me la encontraba vacía. La esperaba durante toda la mañana pero era en vano. Parecía que se la hubiese tragado la tierra.

Al octavo día apareció y vi en su rostro que estaba deseosa de contarme algo. Se sentó a mi lado y pidió un café.

-Creo que ya sé por qué no podemos leer la mente de muchas personas- me dijo, yendo directamente al grano.

-Cuéntame –le respondí.

-Verás, me parece que nuestra habilidad se basa en ver los sentimientos. La gente tiene distintas emociones: amor, miedo, vanidad, alegría, etc. La gente tiene ilusiones, proyectos y sueños. Pero me parece que se está extendiendo una epidemia: la desesperación. Personas que no tienen alegría de vivir, que no tienen esperanza y que sólo esperan el fin de sus días. Cada vez hay más de ellos, la propia sociedad los crea. Vivimos en un reino de incomunicación que propicia la soledad y el ensimismamiento. Nada les proporciona alegría ni tristeza, todo les pasa de lado sin afectarles. Todos aquellos a los que al mirarlos a los ojos no podemos ver sus pensamientos son ellos, los desesperados. Por eso al mirarlos sólo vemos el vacío.

Sus palabras me dejaron de piedra. Porque me di cuenta de que había dado en el clavo. Y una terrible certidumbre se instaló en mi corazón.

-Pero entonces... eso significa que... -balbuceé.

Ella asintió tristemente.

-Sí. Lo que estás imaginando es cierto. Nosotros dos no podemos leer la mente el uno al otro. Eso sólo significa una cosa: que estamos tan desesperados como ellos. También la epidemia nos ha alcanzado.

Aquella fue la última vez que vi a aquella mujer. Algunas veces vuelvo al bar donde nos conocimos, pero nunca está allí. Ya no queda nadie en aquel sitio a quien poder mirar directamente a los ojos y entrar en su cabeza. Allí ya sólo quedan los desesperados, entre los que me incluyo.

“¿Estoy loco o simplemente celoso?”

No lo sé, pero he sufrido horriblemente...”
(Guy de Maupassant, *¿Loco?*)

VIAJE AL HADES

Alguien dijo que los sueños, sueños son. Pero a veces cuando soñamos no tenemos conciencia de que lo estamos haciendo, sino que lo que nos sucede nos parece tan real como la vida misma. Si es una pesadilla lo que nos está aconteciendo mientras dormimos, nuestro corazón se acelera y bajo nuestros párpados los ojos se mueven a toda velocidad, como enloquecidos a causa del terror al que estamos siendo sometidos. Intentamos escapar de algo que nos persigue pero nuestras piernas no nos responden y avanzamos con mucha lentitud. Esa es una sensación que creo que cualquiera puede corroborar ya que se da con mucha frecuencia en la llamada fase REM del sueño. A veces despertamos de la pesadilla con una sensación de alivio y automáticamente damos gracias a Dios porque era un sueño. A menudo es nuestro propio grito el que nos despierta, con el corazón golpeando en el pecho y amenazando con salirse de él. En ocasiones abrimos los ojos de golpe, como si un reloj interno sonara y disparara la alarma avisándonos de que debemos despertar. También nos ocurre que en algunos sueños y en particular en los malos sueños, sabemos que estamos durmiendo y que en realidad nada está ocurriendo, todo es producto de nuestra imaginación y en cierto modo esto nos tranquiliza. Si algún monstruo nos persigue a través de un túnel oscuro, nos relajamos e internamente decimos: “bueno, no pasa nada. Estoy soñando y de un momento a otro, despertaré”. Se apodera de nosotros una especie de tranquilidad e inmunidad que nos hace levantarnos completamente descansados. El problema viene, como digo, cuando no tenemos constancia de que estamos soñando y podemos ver, oír, oler, tocar e incluso saborear con tal realismo que nuestra

mente no sabe discernir si lo que nos está ocurriendo es real o no.

En los sueños, todo es posible. Hablar con un familiar que murió hace años, viajar a sitios donde nunca se ha ido y nunca se irá, tomarse una cerveza con un personaje famoso de la tele como la cosa más natural del mundo, e incluso tener una aventurilla con alguien del trabajo. En los sueños, todo lo aceptamos sin reservas y a veces, cuando nos despertamos, intentamos comprender cómo es posible soñar tal o cual cosa. Pero así es nuestra mente mientras dormimos. No tiene ataduras ni moral. Hace exactamente lo que le apetece.

Hace unos días tuve un extraño sueño, que más bien habría que calificarlo de pesadilla, en vista de los términos en que se desarrolló. Fue curioso porque se basó en algo que a mí me había ocurrido en la vida real: un viaje que hice en autobús en compañía de mi hermano y algunos amigos a la ciudad de Madrid para ver un concierto de rock.

Sucedió hace unos diez años. Recuerdo que era el mes de marzo y que salimos de Jaén a las nueve de la mañana. Llovía a mares, pero esto no nos preocupaba ya que el concierto sería en el Pabellón de los Deportes del Real Madrid, y por lo tanto, a cubierto. Íbamos en un autobús estupendo, prácticamente nuevo y con todas las comodidades propias de la época. El conductor era un tío genial, que aguantó estoicamente nuestra música a todo volumen en el radiocasette, o los videoclips en la televisión del vehículo. También hizo la vista gorda con la manipulación y posterior consumo de algún que otro porro.

Cuando llegamos a Madrid nos dispersamos por la ciudad en varios grupos y estuvimos matando el tiempo por ahí, mientras esperábamos la hora del concierto. Había dejado de llover y el grupo en el que íbamos mi hermano y yo, de no más de siete u ocho personas, almorzamos en la Casa de Campo.

A las nueve de la noche en punto, entramos en el pabellón y

contemplamos un espectáculo que duró más de tres horas. Salimos todos de allí emocionados y con ganas de repetir en posteriores ocasiones. Nos habíamos divertido de lo lindo, saltando como posesos y coreando las canciones de nuestra banda favorita. Mientras nos dirigíamos al autobús que nos llevaría de vuelta a casa, comentábamos tal o cual canción todavía con la adrenalina a tope.

El vehículo nos esperaba pacientemente aparcado en la Castellana, el conductor fumándose un cigarrillo mientras veía la televisión. Todos fuimos entrando y acomodándonos en nuestros asientos y a las una y media de la madrugada, cogíamos la M-30, para salir acto seguido a la carretera de Andalucía, rumbo a Jaén.

El conductor puso una película del oeste en el vídeo, una de esas de John Wayne. Estábamos muy cansados a causa del concierto y de la hora que era, así que antes de que saliéramos de la Comunidad de Madrid, todos, excepto el conductor, nos quedamos dormidos.

Mi hermano y yo, que viajábamos juntos en la fila cuarta izquierda, fuimos de los últimos en hacerlo. Recuerdo que ambos miramos hacia atrás y nos echamos a reír al ver a todo el mundo roncando. Rockeros con el pelo largo, la mayoría con las chaquetas vaqueras o de cuero echadas encima para protegerse del frío, y que ahora parecían angelitos con los rostros relajados y serios a causa del sueño. El autobús avanzaba con seguridad por la autovía mojada, a 100 kilómetros por hora, y nuestro chofer no dejaba de fumar un cigarrillo tras otro. Por fin, también nosotros caímos en los brazos de Morfeo.

Desperté doscientos kilómetros más tarde, a la entrada del puerto de Despeñaperros. La televisión estaba apagada y reinaba un silencio total, tan sólo roto por el sonido que producía el roce de las ruedas del autobús con el asfalto mojado de la carretera. Incluso daba la impresión de que el motor no se oía y entonces me asusté al comprender que quizá el vehículo marchaba en

punto muerto. Miré a mi hermano y vi que dormía profundamente. Di un vistazo general y forzando la vista, dado que la oscuridad era casi total, observé que todo el mundo estaba durmiendo. Lo curioso es que nadie roncaba, cosa rara en un grupo tan numeroso de personas, y sus respiraciones eran apenas audibles. La esfera luminosa de mi reloj marcaba las cuatro de la madrugada.

Todavía con la cabeza embotada a causa del sueño, me incliné hacia la ventanilla en la que mi hermano descansaba la cabeza y limpiando el vaho que se había formado en el cristal con la manga del jersey, miré hacia fuera. Lo que vi me asustó un poco más. La niebla rodeaba por completo el autobús y sólo de vez en cuando se aclaraba y dejaba ver los impresionantes precipicios que se abrían al borde de la carretera. Los pinos se erguían fantasmales y amenazantes aferrados en las laderas pedregosas, como guardianes en la oscuridad. Pero en seguida la niebla volvía a impedir cualquier posible visión y se cerraba con tal fuerza que parecía casi sólida, como una presencia viva y ominosa.

Lo que me desconcertó fue que, a pesar de que la carretera en aquella zona del puerto era una autovía de dos carriles y que el tráfico rodado era inexistente si nos exceptuábamos a nosotros mismos, el chófer llevara el vehículo siempre por el carril izquierdo, con el chasis casi rozando las vallas de protección que nos separaban del abismo. Me extrañaba que no se pasara al lado derecho, lo que le permitiría mayor margen de maniobra en aquellas curvas tan peligrosas, todas ellas convenientemente señalizadas con discos de velocidad máxima de cincuenta kilómetros hora.

Sentí de pronto que el motor se volvía a oír ahora con mayor fuerza. Supuse que el conductor había vuelto a encajar una marcha en la caja de cambios después de aprovechar una pendiente para dejar el autobús en punto muerto. Y a mí éso me ponía la carne de gallina ya que comprendía que

hacerlo era algo muy peligroso, con la carretera mojada, las curvas cerradísimas y la niebla.

Esto me hizo pensar en algo que en otras ocasiones ya había rondado mi cabeza: la facilidad con la que las personas ponemos nuestra vida en manos de gente que ni siquiera conocemos. Me refiero a los conductores del transporte público. Nos quedamos dormidos con total confianza en ellos y casi nunca se nos pasa por la cabeza que también pueden sentir sueño, como cualquier mortal. Realmente somos como niños indefensos amparados por sus madres. Nuestra salud y nuestra propia vida dependen de ellos y lo aceptamos sin darle más vueltas.

De pronto me percaté de que viajábamos a demasiada velocidad, lo que venía a desestabilizar mi ya de por sí alterado ánimo. El autobús pegaba bandazos al entrar en las curvas tan cerradas y había momentos en que parecía que nos salíamos de la calzada, pero en el último momento el chófer corregía la trayectoria y volvía a enderezar el vehículo. Sin embargo, persistía en viajar en la parte izquierda de la autovía y hubo un momento de máxima tensión en que al entrar en una curva particularmente peligrosa, rozó el lateral del autocar con la valla quitamiedos durante varios metros. Fue una rascada leve, pero produjo un sonido siniestro, como el crujido de la madera en un barco fantasma a la deriva.

Mi corazón empezó a golpear a toda pastilla dentro de mi pecho y me dije que debía hacer algo. Así que no lo pensé más y salí al pasillo con la intención de acercarme al conductor y rogarle que tuviese más cuidado, y de paso darle algo de conversación para que no se durmiera, ya que yo empezaba a sospechar que todo esto era debido al cansancio del que era presa. Lo que más me sorprendía era el hecho de que nadie se hubiese despertado con el incidente. Todos seguían durmiendo a pierna suelta, y el primero de ellos era mi hermano. Me dije que no era normal que todos tuviesen el sueño tan

pesado, pero al final lo achaqué a lo avanzado de la hora y al desgaste de energía que se libera en un concierto, todo el tiempo dando saltos al compás de la música.

Me acerqué sujetándome a los asientos para evitar caerme al suelo, dado que ahora el autocar circulaba por el corazón de Despeñaperros, justo donde las curvas son más numerosas y no dan tregua al viajero y antes de que se salga de una ya se está metido en otra. Fijé la vista en el parabrisas y me pregunté cómo era posible que avanzásemos a esa velocidad si no se veía absolutamente nada. Los faros iluminaban apenas un metro por delante de ellos y la niebla era tan densa que se pegaba al cristal como una mortaja. No había modo de saber hacia qué lado giraba la próxima curva, si a la izquierda o a la derecha, pero el conductor parecía intuirlo y siempre giraba el volante hacia el sitio correcto. No se percató de mi presencia hasta que estuve justo detrás de él. Levantó la mirada y la posó en el espejo retrovisor mirándome y me di cuenta de que sonreía ligeramente. Entonces volvió la cabeza hacia mí y cuando le vi la cara me quedé estupefacto.

Porque el hombre que conducía de forma tan temeraria era yo. Cierto que tenía al menos veinte años más, pero sin duda era yo. Me reconocí al instante, con alguna cana en el pelo que ya empezaba a clarear en la coronilla y en las sienes y ciertas arrugas en el rostro. Los ojos estaban más cansados y más tristes, pero eran los míos. El hecho de verme a mí mismo allí me desorientó y las piernas empezaron a temblarme, amenazando con dejar de sostenerme. Hice un esfuerzo e intenté disimular mi descubrimiento. De pronto, me pareció muy importante que mi yo más viejo no se diera cuenta de que lo había reconocido. De modo que hice como si fuera el mismo conductor que nos había trasladado a Madrid unas horas antes.

-Buenas noches –saludé, y me pareció que apenas me salía la voz del cuerpo- ¿Cómo va eso?

-Buenas noches –respondió mi otro yo. Era mi voz, sólo que más cascada por los años.

Me miró a través del retrovisor y por un momento nuestros ojos se encontraron. Creí percibir en los de él un chispazo de locura que no me gustó nada. Me di cuenta de que él trataba de averiguar si yo lo había (me había) reconocido. Desvié la mirada y le pregunté para tratar de entablar conversación:

-¿Cuánto nos queda para salir de Despeñaperros?

Él no contestó y siguió conduciendo como si no me hubiera oído. Redujo de marcha al entrar en un banco de niebla más espeso aún que el anterior y el autobús pegó un tirón hacia delante. La caja de cambios protestó y por fin el motor se estabilizó girando correctamente a sus revoluciones.

-¿Cómo ha estado el concierto? –me preguntó de pronto.

Yo miré hacia delante. Hacía daño en los ojos mirar demasiado fijamente la niebla. Notaba cómo se cansaban y me dije que el conductor debía tenerlos hechos polvo.

-Bien –contesté-. Un auténtico espectáculo.

Él sonrió y pude ver a través del espejo que le faltaban varios dientes. Tenía una sonrisa lobuna, que al contemplarla te helaba la sangre. Era una sonrisa hambrienta.

-Cuando yo era más joven también fui a alguno, ¿sabes? –dijo con un tono nostálgico en la voz-. Eran tiempos más felices...

Un automóvil apareció delante de nosotros. Iba muy despacio y lo hacía por nuestro carril. El conductor se colocó detrás de él y comenzó a darle destellos con la luz de cruce, pidiéndole paso, pero el otro no pareció darse por aludido y siguió en el mismo sitio. Esto obligó a mi otro yo a pisar el freno y reducir la velocidad.

-Malditos domingueros –dijo despacio y sin alzar la voz.

Acto seguido se acercó un poco más al coche, pegando el morro al maletero y siguió dándole a las ráfagas para que se apartase. Fue en vano. De pronto, acercándose aún más, hizo sonar el claxon que sonó claro y potente en medio del silencio nocturno de Sierra Morena. Lo hizo sin concesiones, de una sola vez y sin pausas. Y siguió haciéndolo mientras el coche se apartaba y se colocaba en el carril derecho señalizando con el intermitente. Lo adelantó sin dejar de pulsar el claxon y finalmente se pasó a la derecha, obligando al coche a pegar un frenazo para no estamparse con la parte trasera del autocar. Después volvió a ponerse en el lado izquierdo y aumentó la velocidad, cambiando de marchas con rapidez.

-¿No le parece que vamos demasiado rápido? –le pregunté- ¿Y que debería ir por el carril derecho de la autovía?

Él volvió la cabeza y me miró con furia, lanzando chispazos por sus ojos.

-¿Pretendes enseñarme cómo debo hacer mi trabajo? ¿Crees que no sé lo que hago?

Me volví atrás intentando ver a alguien que me echara una mano. Era increíble. Ni siquiera el prolongado pitido del claxon había despertado a nadie.

-¿Cuánto queda para salir de Despeñaperros? –inquirí de nuevo, cada vez más asustado.

Miré al retrovisor y vi de nuevo su sonrisa medio desdentada. Hizo una mueca con los labios como diciendo que lo ignoraba.

-Quedan los kilómetros suficientes como para que yo estelle este trasto por uno de esos barrancos y todos esos amigos tuyos que viajan ahí detrás se despierten en el infierno –dijo con toda tranquilidad-. Que es exactamente lo que voy a hacer.

Yo sentí que se me paraba el corazón. Porque creí a pies juntillas lo

que acababa de decir. Tuve la certeza de que iba a hacerlo. No me cupo la menor duda, más que nada porque el que hablaba era yo. Yo, con algunos desengaños más.

-¿Cómo dice? ¡No lo habrá dicho en serio!

De pronto se echó a llorar. Sollozaba y el autobús daba cada vez más muestras de ir sin control. Lo mismo se iba a un lado que a otro y de vez en cuando volvía a rozar la valla que nos separaba del precipicio.

-Éste es mi último viaje –dijo entre lágrimas-. Me han echado de la empresa. Dicen que hay que reducir plantilla, que el negocio va mal. Y me echan a la calle como a un perro. Y todo ésto ahora, que empezaba a recuperarme de lo demás...

-¿Qué es lo demás? –le pregunté. Mi esperanza consistía en darle conversación hasta que saliésemos de las montañas y encarásemos la llanura. Si el autobús se salía al menos tendríamos más posibilidades de salvarnos.

Él se secaba las lágrimas con el dorso de la mano y seguía acelerando. La visibilidad era cada vez menor. Yo estaba horrorizado. Veía que caeríamos de un momento a otro.

-Mi mujer me abandonó y se llevó a mi hijo con ella. Nunca me deja verlo. Nunca me deja verlo... Y el juez le dejó a ella todo el dinero, el coche, la casa... ¡todo! Y encima tengo que pasarle una pensión. Pero ya estoy harto. Todo eso se acabó. ¡Ahora nos vamos todos para abajo...!

Aceleró el autobús en una recta y empezó a reír como un demente. Había perdido la razón. La niebla no nos permitía ver la siguiente curva, pero en cuanto apareciera, caeríamos.

Di media vuelta y corrí hacia mi asiento para despertar a mi hermano. Lo zarandeé, hasta que logré despertarlo. Me miró enfadado por sacarlo del sueño y me preguntó qué diablos quería.

-¡El conductor se ha vuelto loco! –balbuceé-. Dice que va a estrellar

el autobús. ¡Vamos a caer! ¡Vamos a caer!

Mi hermano me miró y su respuesta me hizo sentir de punta todos los pelos de mi cuerpo.

-Ya lo sé. Y tú también lo sabes. Y los dos sabemos que no hay nada que podamos hacer. ¡Déjame dormir! Al menos cuando estoy durmiendo no me acuerdo de que estoy muerto.

Y dándose media vuelta se quedó de nuevo dormido. En ese momento el autobús chocó con el quitamiedos y voló por los aires. Yo sentí la sensación de vacío en el estómago, como cuando descienes a gran velocidad en la montaña rusa. Y segundos más tarde se estrellaba abajo, justo al lado del túnel por el que pasa el tren que une Madrid con Andalucía. Y sentí que explotaba. Lo sentí.

Fue tan vívida la pesadilla que me desperté gritando y tardé diez minutos en calmarme. Estaba empapado en sudor y el corazón me apretaba tanto que pensé que me iba a dar un infarto. No pude volver a dormirme y permanecí con la luz encendida hasta el alba. De hecho, no he vuelto a dormir bien desde esa noche.

Ésta es mi historia y ésa fue mi pesadilla. Ahora debo marcharme pues tengo algo de prisa. Hace unos días me saqué el carnet de conducir D, y hoy tengo una importante entrevista de trabajo.

SI NO TE ODIARA TANTO, TE
DIRÍA LO MUCHO QUE TE
QUIERO

Si no te odiara tanto, te diría lo mucho que te quiero, amor mío. Si no hubieras convertido mi vida en el infierno en que me quemó, habríamos sido felices hasta la extenuación. Si no me hubieses atormentado hasta asomarme al filo de la locura, ahora mismo estarías vivo.

Languidezco en el manicomio, mientras los médicos tratan de discernir si realmente estoy loca o simulando para librarme de la cárcel, ese lugar santificado por algunos, en el que la carne se hace vieja y decadente y donde las reglas del juego se deben cumplir para no acabar en el lugar que estoy yo.

¿Cuándo decidiste que ya no era importante para ti? ¿En qué momento de nuestra pequeña historia pensaste que ya no te servía sino para descargar tu furia sobre mí? ¿En qué instante dejé de ser el amor de tu vida y me convertí en el motivo de tu infortunio?

El tiempo es lento aquí. Dispongo de mucho para pensar en las causas de nuestra desgracia. Reflexionar me ayuda a hacer más llevadero el paréntesis entre el desayuno y el almuerzo, y las horas que median entre la merienda y la cena. Paseo a solas por el pabellón que da al jardín viendo cómo la naturaleza no se detiene por los hechos humanos, no se altera por causas que le resbalan y no logran distraerla. Paseo valorando los pros y los contras de mi encierro, y casi todos los días concluyo que mereció la pena. Hay algunos días (pero son pocos), en los que me digo a mí misma que no debí matarte, sino dejar que me mataras tú a mí poco a poco, como solías hacer... Por suerte y gracias a Dios, la mayoría de los días son de los otros, de éstos en los que no tengo remordimientos y me recreo al pensar en que volvería a hacerlo de nuevo cuantas veces fuera necesario.

Amor mío, ¿por qué tuviste que hacerlo? Por qué aquella primera bofetada, que me dolió más que las posteriores veintitrés palizas (sí, las conté

una a una, como un siniestro tesoro de monedas manchadas de sangre), ya que no me la diste en la cara, sino en el alma y en el corazón que te adoraban, vida mía. ¿Qué hay dentro de las entrañas del hombre, que puede transformar el amor más puro y la honestidad que admiramos las mujeres cuando estamos enamoradas, en el odio sin límites que a veces es llevado hacia el paroxismo de la violencia más brutal? ¿Cuál fue el circuito de tu cerebro que se quemó, haciendo que tu desprecio hacia mí convirtiera nuestra relación en un mundo de cristal, tan frágil que siempre parecía a punto de romperse?

A veces, cuando me canso de pasear por la galería que da al jardín, me detengo y descanso en los bancos que hay en el pasillo que conduce a la sala de espera. Son asientos negros y sucios, de imitación de piel y acero inoxidable, tan incómodos que cuando llevas un cuarto de hora sentada prefieres estar de pie. Durante ese rato no suelo pensar en nada. Dejo la mente en blanco, la dejo descansar. Porque el cavilar mucho sobre lo nuestro me deja agotada, me duele la cabeza cada vez más fuerte y tengo que pedirle a una de las enfermeras una pastilla para calmar el dolor. Así que normalmente, cuando estoy sentada no pienso en nada. O como mucho, en el almuerzo o la cena que nos servirán hoy.

No es mala comida la que nos dan aquí. Tal vez un poco falta de imaginación y bastante repetitiva, pero por lo demás aceptable. A veces, incluso sabrosa. Los domingos suelen hacer una paella excelente. Aunque no tan buena como la que yo te hacía a ti, dicho sea de paso y sin falsa modestia. ¿Te acuerdas cómo te gustaba lo que yo cocinaba para ti? ¿Recuerdas al principio, cómo cada noche te preguntaba qué te apetecía para el día siguiente? ¿Recuerdas cómo sonreías tú, cuando me decías que cualquier cosa hecha por mis manos estaba deliciosa y que te daba igual lo que yo preparara, porque te encantaba todo lo que cocinaba? Dios mío, adoraba esa sonrisa tuya. Todavía algunas noches sueño con ella. Y sueño que nada de todo esto ha

pasado. Que yo no te he matado y tú no me hacías nada malo, tan sólo me hacías el amor. ¿Recuerdas cómo un día que yo estaba cocinando, llegaste hecho una furia y tirando al fregadero el contenido de la sartén, la cogiste con las dos manos y me la estampaste en la cabeza? Yo me caí al suelo, inconsciente, y me desperté en el hospital con nueve puntos y el cuero cabelludo quemado... Y cuando desperté, allí estabas tú, cogiendo mi mano y explicándole a todo el mundo que había tenido un accidente. Y yo te miré a los ojos, y tú me miraste a los míos muy fijamente, y entonces lo supe. Supe que si decía la verdad, me matarías. Que no dejarías que tu reputación de chico bueno se arruinara por mi declaración. Pero yo creo que nadie de los que allí había, ni de tu familia ni de la mía, se creyó una palabra de lo que dijiste. Creo que empezaron a sospechar.

Luego, cuando todos se marcharon, te echaste a llorar y me dijiste que te perdonara, que no sabías qué te había sucedido. Yo te pregunté qué te había hecho para que me hicieras aquello, qué daño te había hecho. Y tú, sin dejar de sollozar, me repetiste que habías tenido un ataque de locura temporal, pero ya se te había pasado. Y parecías tan arrepentido, tan sinceramente arrepentido, *que te creí*. Y decidí hacer borrón y cuenta nueva y darte otra oportunidad.

Después se abrió un paréntesis que recuerdo como una de las etapas más felices de mi vida, porque realmente habías cambiado. O mejor dicho, volvías a ser el de antes. Atento, cariñoso y solícito. Me regalabas flores, me llamabas desde el trabajo sólo para decirme “te quiero”, íbamos a cenar y a bailar, e incluso estabas bastante animado con la idea de que fuéramos padres. Hasta en eso parecíamos estar de acuerdo. La vida nos sonreía, pero debe ser la sonrisa que pone el Destino a las personas cuando está a punto de asestarles una puñalada.

En este lugar en el que me encuentro, todo parece tan lejano... Da la

impresión de que es una isla desierta donde las noticias tardan años en llegar, e incluso a veces, no llegan nunca. No sé si es mi mente la que divaga o que todo ocurrió hace tanto tiempo, que a veces lo recuerdo desde fuera, como si no me hubiese pasado a mí. Como si estuviese contemplando una película antigua, de esas en blanco y negro que a veces ponen en la televisión de la sala común. Con frecuencia suelo imaginarme que soy uno de esos personajes desgastados y antiguos, atrapados por el tiempo en el celuloide de la cinta.

Este sitio es triste, prefiero mil veces ir a la cárcel y pagar mi condena. Ojalá los médicos no me declaren loca. Ojalá su diagnóstico sea que estoy muy cuerda y que todo lo que hice fue en pleno uso de mis facultades mentales. Esto es melancólico, frío, tétrico... y triste. Es lo más parecido a un cementerio, pero allí los muertos al menos descansan en paz. Aquí los vivos, agonizamos en vida y rogamos para que venga la muerte y nos salve de esta desesperación que empieza a adueñarse de nosotros, desde el momento en que cruzamos el umbral de la puerta de entrada.

Sí, fue un período feliz, pero efímero. Y sobre todo fue un espejismo. Una sombra de lo que verdaderamente se agazapaba detrás de nosotros, dispuesto a devorarnos.

¿Por qué aguanté tanto? No lo sé. ¿Por qué no te abandoné cuando las palizas y el desprecio comenzaron a convertirse en algo habitual? No lo sé, sólo sé que te adoraba. Por encima de todo, por encima de los golpes, de los abusos, de las vejaciones, de los maltratos, de los gritos, de los silencios, por encima de todo eso, yo te amaba. Y tras cada bronca, con cada nuevo arrepentimiento tuyo, yo volvía a renacer. Volvía a empezar, volvía a ilusionarme. Me decía: ha cambiado, por fin ha cambiado, gracias a Dios. Pero no era cierto. Tú nunca cambiabas, tan sólo te camuflabas como un camaleón. Escondías una parte de ti durante una temporada y luego regresabas con más fuerzas y energías renovadas.

El paréntesis se rompió para siempre el día que me encontraste en la puerta de nuestra casa, charlando con un viejo amigo de la época del instituto. Te lo presenté y tú lo saludaste fríamente, sin darle la mano y cogiéndome del brazo me hiciste entrar en casa. Empezaste a golpearme directamente mientras me preguntabas hecho una furia, de qué conocía a ese hombre. Me insultabas sin dejar de pegarme, preguntándome cuánto tiempo llevaba acostándome con él. Aquella noche volví a acabar tan destrozada que no puede salir a la calle durante dos semanas.

¿Y recuerdas nuestro último aniversario? ¿El último que celebramos, porque unos días después tú ya estabas muerto? Sí, hombre. Acuérdate. Yo te había preparado una cena muy especial. Tu plato favorito, tu vino favorito, flores, velas... Toda una velada romántica para celebrar nuestro amor. Y se daba la feliz casualidad de que quería darte una buena noticia. Pensé que sería el momento más oportuno: por fin estaba embarazada.

Pero tú tuviste que echarlo todo a perder, como de costumbre. Te pasaste con el vino y acabaste emborrachándote y poniéndote cada vez más violento. Cuando me quise dar cuenta y antes de que te hubiese dicho una palabra sobre mi embarazo, ya me estabas dando la paliza más brutal de todas las que recibí de tus manos... Esa misma noche, aborté en nuestro cuarto de baño y me amaneció el nuevo día encerrada en él. Jamás llegaste a saber que podías haber sido padre y que habías matado a tu hijo, por eso te lo digo ahora. Al día siguiente te fuiste a trabajar como si tal cosa, como si nada hubiera pasado, como siempre.

Creo que eso fue lo que me decidió. Eso fue lo que hizo que tomara conciencia de la clase de monstruo con la que compartía mi vida. No fueron los continuos consejos de los amigos ni de la familia, no fueron las palizas y el miedo, fue el hecho de que me privaras de ser madre antes de poder serlo. Quizá por eso me volví loca, no lo sé. Quizá ni siquiera lo estoy.

Muchas de las mujeres que aquí viven sí que lo están y viven obsesionadas con la muerte de sus hijos. A algunas me las cruzo por los pasillos o las veo en el comedor, y no hacen otra cosa que acunar entre sus brazos a un bebé imaginario. Y le sonríen y hablan como si realmente él estuviese allí y pudiera oírlas. Una vez, incluso vi a una abrirse los botones del camisón y sacarse un pecho para amamantar a la inexistente caricatura. Esas pobres mujeres entregan todo su cariño a algo que no existe, que la muerte les arrebató. Y no puedo dejar de admirarlas, incluso estando locas. Porque su amor es incondicional, es el amor de una madre. Algo completamente distinto a todo lo demás que existe en el mundo.

Tuve que hacerlo. Tuve que matarte. No me dejaste otra opción. Me pusiste al borde del acantilado, a punto de dejarme caer. Y no tuve otra solución que acabar con tu vida.

¡Y fue tan fácil, tan sorprendentemente fácil! Tan simple como esperar que te durmieras, ir a la cocina, coger el cuchillo más grande que tenía y que había llevado a afilar aquella misma mañana, y degollarte. Darte varios tajos en el cuello y esperar que te desangraras mientras me mirabas con ojos alucinados, diciéndote a ti mismo: esto no me puede estar pasando a mí. Tapándote inútilmente las heridas con las manos porque la sangre se escapaba a borbotones. Tu vida, se escapaba por entre tus dedos. Ni siquiera podías hablar porque cuando lo intentabas, la boca se te inundaba de sangre y tosías, intentando respirar. Y mientras te debatías entre la vida y la muerte, vi que me mirabas a los ojos y me decías: ¿cómo es posible que me estés haciendo ésto? Pues sí, amor mío. Era posible. El corazón de una mujer también tiene sus límites.

Recuerdo que cuando todo acabó me quedé muy tranquila, como cuando te quitas un gran peso de encima. Salí de la casa, me acerqué a la de mi vecina y le conté todo. Le dije que te había matado y que iba a entregarme a

la policía. Ella se echó a llorar, me abrazó y me preguntó si quería que me acompañara. Fuimos juntas, conté lo que había pasado, me tomaron declaración y pasé a disposición judicial. Ingresé en el manicomio de forma preventiva para que los psiquiatras valoraran si estaba o no loca.

¿Sabes? Yo no creo que estuviese loca, sólo desesperada. Yo creo que al final dictaminarán que el lugar donde debo estar es la cárcel, porque estoy perfectamente. Cumpliré mi condena y algún día saldré. ¿Y sabes qué será lo primero que haga mi primer día de libertad? Te lo diré. Dirigirme al cementerio y bailar sobre tu tumba.

**“Tras una
tranquila noche de invierno, me desperté con
la impresión de que me hubieran planteado una pregunta
a la que había tratado de responder en vano mientras dormía:
¿Qué?, ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿dónde?”**
Walden, Henry David Thoreau.

FE

A los cuarenta y tres años, perdí la vista. Fue a causa de un accidente de coche en la autovía de circunvalación de mi ciudad, Granada. De repente, de un día para otro, mi vida dio un vuelco y comprendí en toda su dimensión aquel viejo adagio que decía: “No hay desgracia más grande que ser ciego en Granada”.

Volvía a casa por la noche, después de trabajar todo el día en un pueblo de la zona metropolitana. Era contable en una fábrica de productos químicos agrícolas. En la empresa nos “invitaban” amablemente a echar unas cuantas horas extra cada semana de manera gratuita. Para poder sortear mejor la crisis, decían. Así que, al menos cuatro o cinco días al mes, regresaba a la ciudad a la hora de cenar, en vez de a la acostumbrada media tarde, en la que casi siempre tenía tiempo de recoger a los niños del colegio, e ir todos juntos a esperar a mi mujer a la salida de su propio trabajo, en un comercio de la calle Recogidas.

El final del otoño es muy frío en Granada y aquel día había estado cayendo aguanieve desde el amanecer. En la calzada de la autovía se había formado una película sucia y resbaladiza de agua y barro, que obligaba a conducir despacio y con los cinco sentidos. El tráfico era muy intenso, como siempre, y los dos carriles de la derecha estaban congestionados de vehículos. El tercero, junto a la mediana, parecía estar un poco mejor.

A un par de kilómetros de la salida de Méndez Núñez, miré por el retrovisor y pulsé el intermitente para adelantar a un camión que iba delante de mí en el carril central. *No vi a nadie*. Lo juro. Sin embargo, a mitad de la maniobra, una furgoneta de reparto me embistió por detrás y mi pequeño utilitario dio un par de vueltas de campana después de chocar contra la

mediana. Perdí el conocimiento por el impacto. El airbag falló y mi cabeza golpeó con el volante. Lo siguiente que recuerdo fue encontrarme en una cama de hospital, en completa oscuridad. Tanteé mi cabeza y me di cuenta de que estaba vendada. Aunque tenía dolores por todo el cuerpo, no parecía tener mayores daños, si exceptuamos que tenía los ojos abiertos y no veía absolutamente nada. Estaba ciego.

Entonces sentí un pánico atroz, un terror como jamás había experimentado antes. Y empecé a gritar.

Vinieron médicos y enfermeras. Me explicaron lo que había sucedido, y con toda la sutileza posible me informaron de que había perdido la visión y aún estaban estudiando si era irreversible. Me eché a llorar y les dije que quería ver a mi familia. Quería estar con los míos. Quería abrazar a mi mujer y a mis hijos. Los necesitaba de la misma manera que el sediento necesita beber en el desierto.

Se mostraron muy sorprendidos. Me dijeron que yo no tenía familia. Era la policía quién se había encargado de todo, después del accidente. Habían intentado contactar con alguien, algún familiar. Mujer, hijos, padres, hermanos, tíos, sobrinos. No tenía a nadie en el mundo. Estaba solo. Vivía en un apartamento de soltero, en el Paseo de los Tristes, junto a la Alhambra. Era cierto que trabajaba de contable en un pueblo, pero nada más.

Me quedé de una pieza y les dije que eso era imposible. Yo tenía esposa y dos hijos. Les dije sus nombres, sus fechas de nacimiento, el aniversario de boda, les dije donde estudiaban mis hijos, donde trabajaba mi mujer, sus platos favoritos, sus películas preferidas, el color de sus ojos.

El médico que parecía llevar la voz cantante me cogió de la mano y me dijo que posiblemente tenía asociada a la lesión cerebral que provocaba mi ceguera, una amnesia sistemática. Es decir aquella que, en vez de olvidar hechos acaecidos en la vida de un ser humano, los inventa. Toda esa vida que

yo les estaba narrando angustiado, era producto de mi imaginación. O más bien, todo era producto del maldito accidente. La policía había investigado mi vida en los días que llevaba ingresado y había puesto a los médicos en antecedentes. Yo era un solterón, que trabajaba de chupatintas en las oficinas de una empresa agrícola, con una vida anodina y rutinaria, cuyas emociones más fuertes se suscribían a ir al cine los sábados por la noche, y cenar después en algún restaurante de comida rápida. El domingo compraba la prensa y me iba al parque a leerla y dar de comer a las palomas. El resto del día festivo transcurría en mi pisito, viendo series en la televisión y leyendo a la hora de la cena, hasta caer dormido en el sofá. Al día siguiente comenzaba otra semana aburrida, igual que las anteriores. Del trabajo a casa, y de casa al trabajo. No había ninguna familia, no había nadie con quién compartir penas y alegrías. Vivía en soledad. Es probable que incluso me gustase esa clase de vida. Como a tantas personas que la han elegido así en todas las ciudades del mundo.

Me negué a creer lo que me decía. Yo *tenía* una familia antes del accidente. Yo *veía y tenía* otra vida. Lo juré y lo perjuré. Pero nadie me creyó. El médico tuvo mucha paciencia conmigo. Estaba trastornado, nada más. Al final acabaría aceptando la situación. Era cuestión de tiempo. Y así fue.

Cuando me dieron el alta, unas semanas después, yo ya me había acostumbrado a estar solo. A lo que no me acostumbraba para nada, era a mi ceguera. Antes de marchar, el médico me dijo que seguiría en contacto conmigo. Había una intervención experimental, no exenta de riesgos y pionera en Europa, que quizá me devolviera la vista. Me aconsejó que tuviera fe. Mientras tanto, un asistente social, me enseñaría a desenvolverse en mi nueva vida cotidiana para que todo fuera más fácil.

En el Tribunal Médico me dieron la incapacidad total para ejercer mi trabajo. Se ve que ellos no tenían mucha de esa fe en mi recuperación, así que me convertí en un jubilado ciego que tenía que empezar de cero en todos los

sentidos.

Para mi sorpresa, me adapté bastante bien. Los primeros meses fueron los más duros. El hacer cosas cotidianas tan simples como ver la televisión o leer, se había acabado de repente. Pero aún podía oír. Escuchaba la televisión y compraba audio libros. La imaginación ponía el resto. Otro tipo de cosas, como ir al baño, hacer la compra, pasear, etc., tuve que aprenderlas de nuevo por completo. Mi asistente social, un chico joven, que siempre estaba de buen humor y no paraba de contarme sus hazañas amorosas con el género femenino me ayudó muchísimo hasta que pude valerme por mí mismo.

Descubrí otra ciudad, invisible para el resto de ciudadanos, que era esa Granada medieval que cantaban los bardos. Paseaba por la Alhambra sorteando obstáculos con mi bastón de invidente y *veía* cosas con la mente que antes no había podido ver con los ojos. El tacto de la piedra antigua me hablaba del paso de los siglos. Me di cuenta de que, de pronto, una Granada oculta aparecía ante mí, y que era antes cuando había sido un ciego que no veía. Paradójicamente, era mi ceguera la que me permitía ver de verdad.

Caminaba por la plaza Bib-rambla y olía el aroma de las flores, de las cafeterías, de los puestos de libros viejos, de los árboles. Escuchaba resonar mis pasos en las losas de piedra de la Catedral y las conversaciones dichas en susurros que reverberaban en la inmensidad del templo. Oía a los músicos callejeros rasgar las guitarras y entonar tonadillas. Sentía en el rostro el frío cortante que bajaba a la ciudad desde Sierra Nevada, un frío que reseca los labios y cuarteaba la piel de las mejillas. Mis manos acariciaban los perros callejeros que se acercaban buscando cariño cuando me quedaba sentado en los bancos del Campo Príncipe. Bajo mi piel, sentía latir la vida de los animales. Sentía su calidez, el fluir de la sangre en sus venas. A veces, lloraba en silencio, recordando mi vida anterior, pero cada vez sucedía en menos ocasiones y me decía a mí mismo que ahora vivía mejor, con más

intensidad. La comida nunca me había sabido tan bien. El café nunca había estado tan delicioso. La música nunca había sido un arte tan sublime. Los naranjos en flor nunca habían olido tanto, con un aroma embriagador, que me transportaba a los reinos encantados de los cuentos de mi niñez. Jamás me había parecido tan maravilloso el tacto caliente de la piel de una mujer y las caricias de sus labios a los míos, aunque estas caricias fueran impostadas y efímeras, pagadas con dinero. Eran más reales, más consistentes. Los cuatro sentidos que me quedaban se habían hiperdesarrollado para que olvidase cuanto antes, que hubo un tiempo en el que tenía cinco. La vista se convirtió en un recuerdo lejano, como un día de playa en la infancia, o un beso dado a un familiar en una boda o un entierro. Aprendí a amar mi ciudad de una manera que nunca hubiera sospechado.

Unos años después del accidente, alguien del hospital me llamó a casa. Resultó ser el médico que me había tratado. *¿Cómo andas de fe, últimamente?*, inquirió. No supe qué responder y le pregunté a qué se refería. Me propuso operarme aquella misma semana. El milagro de poder volver a ver estaba al alcance de mi mano. Solo tenía que aceptar el desafío y entrar en el quirófano para someterme a esa cirugía experimental de la que me había hablado en su día. Me quedé en silencio unos segundos. Después le dije que me diera un par de días para pensármelo. A él le extrañó que necesitara reflexionar sobre algo así. *Pensaba que darías saltos de alegría*, comentó. Aún así, fue comprensivo y se despidió muy cortésmente.

Al tercer día lo llamé y le dije que estaba dispuesto a someterme a la intervención. Me dijo que era la mejor decisión que podía tomar, dadas las circunstancias. Ingresé esa misma tarde y a la mañana siguiente me operaron. Estuve unos cuantos días con los ojos vendados, para que las heridas cicatrizaran. Cuando me descubrieron las vendas, guiñé los ojos porque me molestaba la poca claridad que habían dejado en la habitación. Entonces

comprendí que la operación había resultado un éxito. El caso salió en la prensa y se vendió como un logro sin precedentes en la medicina de nuestro país. Volví a mi vida anterior. El Tribunal Médico revocó su decisión anterior y me declaró perfectamente apto para trabajar en mi querida oficina. Parecía que todo iba bien, pero yo sospechaba que algo se iba marchitando.

Un día creí ver a mi familia en la calle. Eran mi mujer y mis hijos, pero iban con alguien que no era yo. Me acerqué a ellos y les hablé, pero no me reconocieron. Me tomaron por un loco y siguieron su camino. Yo me quedé unos momentos parado en la acera y después caminé pensando que la vida que vivía cuando era ciego me gustaba más. Ahora me sentía vacío, triste, apático. Ahora las comidas me sabían a tierra de cementerio, la música me parecía insufrible, los olores de la ciudad, putrefactos, el roce de otras pieles al dar la mano me provocaba alergia y la visión de determinados seres humanos me daba ganas de vomitar. Mi propia existencia se me hizo insoportable y contemplé la posibilidad del suicidio como la única salida posible.

Decidí agotar la última baza. Visité a mi médico y le rogué encarecidamente que volviese a operarme. Esta vez para dejarme ciego de nuevo. Se escandalizó y me dijo que el juramento hipocrático le obligaba a sanar a las personas, no a hacerlas enfermar a sabiendas. Me mandó al psiquiatra y me recomendó una vez más que tuviera fe.

Fe. Fe. La fe no me sirve. Solo quiero mi vida, *la verdadera*. Aquélla que se coló por una rendija desde otra realidad. Quizá desde un universo paralelo a éste.

Y cada mañana, al despertarme, me hago la misma pregunta: ¿Para qué quiero *mirar* con los ojos si he perdido la capacidad de *ver* con el alma?

